LAS LENGUAS DE DIAMANTE





MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 42

JUANA DE IBARBOUROU

LAS LENGUAS DE DIAMANTE

Preparación del texto a cargo de
ANGEL RAMA Y ANTONIO PRADERIO

JUANA DE IBARBOUROU

LAS LENGUAS DE DIAMANTE

Prólogo de
JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ



MONTEVIDEO
1963

tirados de 1.1/AL. 19.



PROLOGO

I

La perspicacia periodística de Vicente A. Salaverri, la intuición crítica de Manuel Gálvez y el genio poético de Miguel de Unamuno se conjugaron, sucesivamente, para abrir el camino de la gloria a Juana de Ibarbourou. Estas tres presencias incontestables no deben ser olvidadas en el instante en que, cercano el medio siglo de ocurridas, LAS LENGUAS DE DIAMANTE persisten en ser una obra inmarcesible. Las circunstancias a que nos referimos, ocurrieron como si el asombro de un milagro se hiciera evidente para determinarlas.

Evoquemos los hechos que dan ocasión a tal acontecimiento.

En 1915, Juanita Fernández Morales contrajo enlace con el, entonces, capitán Lucas Ibarbourou, radicados ambos en la capital del departamento de Cerro Largo. Las obligaciones de la vida militar imponen al joven oficial diversos traslados, y se ve en la necesidad de llevar la existencia un poco trashumante, por ciudades y pueblos del Interior, hasta que, tras ella, le llega la anhelada radicación en

Montevideo. En 1918, los enamorados esposos, trayendo la dulce carga del primogénito vinieron desde Melo a Montevideo. Juana de Ibarbourou, hasta el momento sólo conocida en el ambiente intelectual melense, como "Jeannette d'Ibar" o, de modo más familiar y sencillo, como Juanita Fernández Morales, escribía páginas románticas propias del ambiente pueblerino en que había desenvuelto su adolescencia precoz y su soñadora juventud. Contaba trece años cuando escribió su poemita "El cordero", que publicó "El Deber Cívico" de Melo. Apareció "Otoño", soneto dodecasílabo, en diciembre de 1911, en el Nº 58, año VI, del mensuario montevideano "Apolo", que dirigía el poeta y crítico Manuel Pérez y Curis. En su terruño natal, la desconocida poetisa, sedienta de más amplios horizontes, escribía y publicaba, de vez en cuando, breves páginas literarias, prosa y verso, que aparecieron, alternativamente, en "El Deber Cívico", redactado por Casiano Monegal, y en "El Nacionalista", dirigido por Gisleno Aguirre.

Desde que Juana partió de Melo, durante las horas largas de la existencia andariega por medios soledosos en que se dilataban campo y cielo, no deja de soñar, de sentir, de pensar y de escribir. Así ha venido acrecentando, sin impaciencias apresuradas, su incipiente labor literaria. Tiene ya varios cuadernos manuscritos. ¿Son versos de pasión exaltada? ¿Son poemas de ensueño? ¿Son reacciones sentimentales que se inspiran en la tremenda soledad del campo? ¿Son sensiblerías o ingenuidades? Ella no alcanza a discernir la diferencia existente entre la realidad y el sueño. Escribe, casi sin proponérselo, como si obedeciese a un embrujo misterioso. Oye y transcribe palabras de las que, todavía, no tiene un concepto claro.

Ella misma ha explicado cómo se produce el milagro de la creación poética:

> "Voy a decir, simplemente, cómo el verso llega a través mío. Cómo llega desde su zona de milagro hasta mi realidad receptora y comunicante.
>
> Siempre las primeras estrofas aparecen como una centella a veces provocadas por una emoción cualquiera, visual o interior, a veces sin ninguna causa contraloreable.
>
> Muchas veces me ha ocurrido tener, como una obsesión un verso, escribirlo, e inmediatamente, sin ponerme a pensar, continuar la composición como obedeciendo a un dictado misterioso, o como si un ser intangible me guiase la mano. Estos por lo general, no requieren correcciones ni pulimento. Y casi siempre son los mejores".
>
> . . . .
>
> "El verso nace en mi voz. El primero ordena los siguientes. Los grabo en mí; los repito; los pulo cuidadosamente. No sé de qué vena interior manó la línea inicial. Conozco, en cambio, la inquietud de la forja; el afán del bruñido, nunca del todo satisfecho. Dentro de cada poeta está su cantera. Nosotros extraemos y elaboramos".

No obstante, procura la máxima sencillez expresiva; no intenta *donner un sens plus pur aux mots de la tribu.* Hay una lejanía que la tienta de modo inefable. Parecería que le llegan voces distantes que la llaman con persistencia. En su verso limpio de hojarascas literarias afloran un pensamiento prístino y un sentimiento casto que se coordinan para mostrarse en cándido impudor que asombra a los timoratos.

En 1910 callan los pájaros perdidos en la selva lírica de Julio Herrera y Reissig, y la voz iracunda

de Alberto Zum Felde, "Aurelio del Hebrón", fustiga a los indiferentes. En 1914, desde Chile, viene al Río de la Plata el eco quejumbroso de 'Los sonetos de la muerte", de Gabriela Mistral —escritos en 1909—, que traen el acento de un verso nuevo, retorcido de dolor, para la lírica hispanoamericana. En este mismo año, silencia Delmira Agustini, trágicamente, su obra sin parangón. Darío, Lugones, Nervo, están en el apogeo de su gloria continental. Santos Chocano emboca el clarín de sus cantos. Villaespesa conquista en América, de más en más, lectores románticos para sus libros numerosos. Puede decirse que amanecen Juan Ramón y Antonio Machado... Se encienden los horizontes del mundo occidental con la grandeza épica de la Primera Guerra Mundial.

Este es el momento, de 1918, cuando Juana de Ibarbourou llega a Montevideo, que es nuestra "ciudad acústica" para recoger, como una caracola, las voces del mundo.

En la cosecha lírica del instante amanecen, temblorosas, otras resonancias. Tiene, ahora, la poesía de Juana otro contenido. Cantan desconocidos pájaros en la arboleda inmóvil con rocío de amanecida. A la poetisa se le antoja que sus poemas tienen que ser, naturalmente, deslumbrantes, como una hermosa mujer desnuda. La forma no puede ser impasible, si ha de contener un alma vibrante. Juana comienza a experimentar la necesidad imperiosa de la extraversión de lo inefable íntimo que es su tortura y su delicia; pero, también, percibe que su empresa tiene algo de nuevo y de sorprendente. ¿Cómo comprobar si los poemas que tiene escritos y esos otros que están resonando en su corazón, merecen la aprobación

de la crítica? Vacila, duda... y un día se decide a buscar respuesta a sus interrogaciones subjetivas. Jugaría su destino y sabría a qué atenerse.

II

En "La Razón" de Montevideo escribía, diariamente, Vicente A. Salaverri, bajo el pseudónimo de "Antón Martín Saavedra". Estaba en la plenitud de su dinámica tarea periodística. Se ocupaba, con preferencia, de imitar a Larra con agudas críticas a las costumbres locales. Sus crónicas tenían un singular atractivo. Tema que brotaba bajo su pluma se convertía, de inmediato, en comentario popular.

Salaverri fue el censor elegido por Juana. Sin embajadores, ni protocolos inútiles, la desconocida escritora se presentó en la redacción del diario. Llevaba algunos de sus cuadernos de poesías. Frente a Salaverri, iniciado el tembloroso diálogo, mostró los manuscritos y solicitó opinión sobre sus versos. Salaverri —nos lo ha contado—, tomó con explicable prevención, los originales ofrecidos, y comenzó a leerlos con descreimiento y con desconfianza. La apresurada lectura provocó, sin embargo, de inmediato, un natural impacto emocional. ¡Aquellos poemas significaban una revelación insospechada! No se trataba de una de las numerosas hacedoras de versos, sin valor poético alguno. Aquella mujer, menuda y graciosa, de sonrisa y ojos admirables, traía con sus versos un soplo maravilloso de belleza. En sus poemas resonaba una voz nueva de gracia, "duende" y "ángel" inacostumbrados en el medio rioplatense.

No era una promesa; era una pujante realidad triunfadora. Había que decirlo y difundirlo. Y así apareció en "La Razón", a los pocos días y en página entera, el artículo, vocero augural de la presencia literaria de Juana de Ibarbourou, bajo el título expresivo de: "La revelación de una extraordinaria poetisa". Ilustraban, líricamente, la página referida, siete poemas: "La pequeña llama", "La cortesana agua", "Amor", "Pasión", "Hastío", "Sed de paz" y "Resignación plácida", de los que, los sonetos mencionados en segundo, cuarto, sexto y séptimo término, no figuraron más tarde, en la primera edición de LAS LENGUAS DE DIAMANTE. (En posteriores ediciones, el libro llegó a reunir dieciocho poemas más. En 1948, en "Revista Nacional", tomo XXXIX, Año XI, Nº 115, Dora Isella Russell publicó "La joya", poema de 1918, que debió ser incluido en la edición príncipe). Para justificar y explicar el acierto de la transcripción, Salaverri decía: "Hemos elegido los sonetos al azar, entre los veinte o treinta que contenía su cuaderno. Ignoramos si son los mejores. Aseguramos que son buenos. No se busque en ellos la trivial filigrana, el arabesco insípido. Alma, alma, alma".

El nombre de la poetisa experimentó en seguida el aletazo de la popularidad y la inminencia del comienzo triunfal. Juana se propuso, coetáneamente, procurar la publicación de su primer libro. Salaverri se ofreció para que tal deseo pudiera cumplirse. ¿Cómo? Se valdría de su condición de accionista de una empresa editorial rioplatense. Corría el año 1919. En Buenos Aires funcionaba sobre la base de cien acciones de cien pesos argentinos, desde 1916, con éxito de difusión sin precedentes, la Cooperativa Edi-

torial "Buenos Aires", de la que era Director General Manuel Gálvez, el prestigioso escritor argentino. La empresa editora había agrupado como accionistas a intelectuales de renombre. Juana de Ibarbourou vería aparecer, como tomo XXX de la colección, LAS LENGUAS DE DIAMANTE. El prólogo lo escribiría Manuel Gálvez. La edición constaría, como era costumbre impuesta, de quinientos ejemplares.

III

Manuel Gálvez prologa con acierto LAS LENGUAS DE DIAMANTE. Son las suyas, páginas de comprensión y de exaltación, reveladoras de una muy favorable acogida y un tanto controvertibles. "...las tres mujeres rioplatenses —dice— que más aptitud han revelado en el verso castellano —Delmira Agustini, Alfonsina Storni (*), Juana de Ibarbourou—, apenas cantan otra cosa que el amor: un amor de los sentidos, ardiente, sin recatos, casi puramente físico; un amor que no tuvo nunca expresión lírica en la literatura hispanoamericana; a lo menos sentido y cantado por mujeres".

Aunque Gálvez prefiere, como novelista que es, "que la obra de arte sea un producto del ambiente", ve "en el caso de Juana de Ibarbourou, como en el de Alfonsina Storni", la influencia de Delmira Agustini, "sin la pudibundez de la vieja retórica y de la moral oficial". Señala, al mismo tiempo, que en "Los cálices vacíos" "hay mucha literatura. Abundan las imágenes,

(*) Publicó en la Cooperativa Editorial "Buenos Aires": III, "El dulce daño" y XXVIII, "Irremediablemente...".

el vocabulario tiene cierta riqueza y la frase es relativamente complicada".

En el análisis estilístico de los poemas de LAS LENGUAS DE DIAMANTE, Gálvez evidencia una sagaz penetración interptetativa. Admite que en los versos de Juana de Ibarbourou "el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural". Y destaca como su esencial característica: "la de expresar bellamente un sentido natural del amor y de la vida".

Con loable sinceridad objetiva, el prologuista declara que no ha de negar su belleza a un libro tan opuesto a sus preferencias estéticas y a la esencia de su literatura. En los párrafos finales resume de modo categórico e intergiversable, su crítica expresando: "Este libro tan sano, tan juvenil, tan moderno y a la vez tan de todos los tiempos, está realizado con verdadero arte". Agrega aún: "El verso de Juana de Ibarbourou no siempre es perfecto, pero jamás carece de vigor, de exactitud, de soltura. Las imágenes son acertadas y nunca la forma deja de ser elevada y poética".

Y concluye Manuel Gálvez su sesudo prólogo, afirmando que LAS LENGUAS DE DIAMANTE constituyen "un acontecimiento en la literatura americana".

IV

Editada la obra, de los veinticinco ejemplares que recibe la autora, envía, entre otros, uno a Gabriel D'Annunzio y cuatro a don Miguel de Unamuno para que, a su vez, remita sendos libros a Juan Ramón Jiménez y a Antonio y a Manuel Machado.

Gabriel D'Annunzio, en la plenitud de su labor literaria, manuscribe un acuse recibo que es una página

de exaltación, con los bellos rasgos de su magnífica letra caligráfica. La carta parece un pergamino miniado por un pendolista. Un día desaparece entre los papeles de Juana; no se supo nunca, si consumida por el fuego o llevada en las alas del viento...

Don Miguel, en el apogeo de su rectorado salmantino, al comunicar el recibo del envío y al comentar la aparición del libro, traduce, con gesto hidalgo, la abundancia de su corazón y la generosidad de su acogida.

El 18 de setiembre de 1919, esto es, casi a vuelta de correo, y como acuse recibo a LAS LENGUAS DE DIAMANTE, Unamuno remite a Juana de Ibarbourou una extraordinaria carta-crítica que apareció, como Pórtico, en agosto de 1920, en el Nº 1, año I, de las "Pequeñas antologías" dirigidas por Manuel de Castro:

> "Señora Doña Juana de Ibarbourou:
>
> He leído, señora mía, primero con desconfianza y luego con grandísimo interés y agrado su libro LAS LENGUAS DE DIAMANTE. La desconfianza es en mí antigua por lo que hace a poesía de mujeres. El soplo poético de una Safo que supo desnudar castamente su alma —que cuesta más que desnudar el cuerpo— en sus versos, desapareció casi con el cristianismo. Después, el llamado amor místico ha sido una hoja de parra, cuando no una máscara. Aquí, en nuestra España v. gr. creo que los versos más cálidos son los de Carolina Coronado, pero si cuando habló su alma de madre, cantando a su hija, es incomparable, sus versos al "amor de sus amores" son una hoja de parra, una hoja reseca y arrugada por un amor oculto y así le falta frescura. Una mujer, una novia, aquí, no escribiría versos como los de usted aunque se le vinieran a las mientes y si los escribiera no los publicaría y

menos después de haberse casado con el que se los inspiró. Y si una mujer, aquí, se sale de la hoja de parra de mistiquerías escribidoras es para caer en cosas ambiguas y malsanas. Por eso me ha sorprendido gratísimamente la castísima desnudez espiritual de las poesías de usted, tan frescas y tan ardorosas a la vez. Y al enviárselas, como me pide, a J. R. Jiménez y a los Machado, se las recomiendo.

Claro que en sus poesías, hay para mi gusto, desigualdades. La nota triste, descorazonada y pesimista no le sale a usted bien Me parece que se imagina, más que siente, el desengaño. Le debe de tener a usted muy presa la vida. Y que esto le dure mucho.

"La espera", "Lo que soy para ti", "La hora", (estupenda), "Implacable", "El fuerte lazo", "Te doy mi alma", "La cita", "Las parvas", "La promesa"... hermosísimas, hermosísimas.

Releí su libro volviendo a leerlo en voz alta a un amigo ciego, poeta también a quien acompaño a diario y a quien sirvo de lazarillo y de lector, y no sabe usted bien lo que lo impresionó "La angustia del agua quieta". Por lo demás fue él quien me sugirió —¡a mí, profesor de literatura griega!—, el recuerdo de Safo; de la Safo histórica, por supuesto, no de la legendaria. Y ahora ¿a qué vendría que le hablase a usted de lo que creo inexperiencia de léxico, de ciertas pequeñas violencias del lenguaje y de sumisiones a la tiranía de la rima? Eso importa poco.

Lo que sí creo es que debe usted dejar las tristezas hasta que ellas le vengan que, desgraciadamente, teniendo como usted tiene un alma sensible y hasta ardiente, le vendrán —y le basten cuando usted dice:

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
se te oprima en los labios!

suena ella a algo natural, espontáneo, sentido

(yo en vez de *oprima,* vocablo demasiado literario, habría dicho *apriete)* pero cuando añade:

Después será cenizas bajo la tierra negra,

esto me parece más razonado que sentido. Así, "Laceria" me agrada pero no me convence. Y no es que yo no guste ni sienta ese sentimiento; al revés, lo siento acaso más que el otro y he propendido siempre a lo elegíaco más que a lo idílico, pero en usted me suena algo así como uno que dueño de una lira de excepción, quisiera tocar todas sus cuerdas y alguna de ellas era de prestado.

Su libro me interesa. He de decir algo más, y no a usted sola, de él.

Veo por su apellido que tiene usted sangre vasca, pues su apellido, aunque usted lo escribe a la francesa, es vasco puro —"cabecera del valle", significa—, y yo soy vasco puro.

La saluda con toda simpatía

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 18-IX-19.

Varios días después de fechada la carta a Juana, don Miguel escribe a Juan Ramón Jiménez, y le dice con admirable y fervoroso entusiasmo:

"¡Cuánto ha que le debo carta, mi querido amigo! Pero como quiero hacerla muy larga... No sé si le he acusado recibo de sus últimos libros, del Tagore y lo suyo. Hoy le pongo ésta para anunciarle que le va un ejemplar de un libro de Juana Ibarbourou (éste es el apellido de su marido; el suyo, Fernández Morales), poetisa uruguaya. Poetisa y no poeta hembra. ¡Léalo, léalo, léalo! Y sin desanimarse por su endeblez técnica y sus descuidos. Jamás ha hablado en español, que yo sepa, así la pasión desnuda y ardiente. Me recuerda a trechos a Safo, pero a la de verdad, no a la legendaria. Aquí una mujer no haría versos así a su novio; si los hacía los

rompería sin publicarlos, y menos después que aquél fuese ya su marido. Lo único que suena a hueco es cuando habla de la muerte. Es una niña mimada".

Salamanca, 22-XII-19.

Por los mismos días, en una de sus acostumbradas colaboraciones a "La Nación" de Buenos Aires, don Miguel de Unamuno escribe:

"Una excelente, excelentísima poetisa oriental —y esto de oriental le cuadra por algo más que por ser uruguaya—, Juana de Ibarbourou ha escrito unas poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenida que recuerda a las de Safo —no las de la leyenda—, poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las habría publicado... Esas poesías, incorrectas a las veces, desmañadas tal vez, pero intensas y hondas y encendidas, poéticas, en fin, casi siempre, forman un volumen que se titula LAS LENGUAS DE DIAMANTE... La autora nos ha remitido sendos ejemplares —¡gracias!—, a Juan Ramón Jiménez, a Antonio y Manuel Machado y a mí. Los cuatro diremos lo mucho bueno que de esa poesía tan genuinamente femenina creemos y sentimos".

Este aviso de Unamuno implicaba una promesa y un compromiso; él los cumplió con largueza generosa...

V

En la sesión solemne que la Academia Nacional de Letras tributó a la memoria del doctor José María Delgado, Juana de Ibarbourou recordó, con inefable gracia, sus propios comienzos literarios en la capital de la República:

> Fue el doctor José María Delgado el primer poeta que conocí en Montevideo cuando, recién llegamos a la capital, en aquel año 1918, tan decisivo para mí. Y no como poeta, si no, como a médico fue que lo conocí entonces, siéndolo él de una sociedad mutualista, a la que nosotros nos habíamos asociado en modesta previsión del porvenir. Muy poco después, habiéndome hecho en "La Razón", el escritor Vicente A. Salaverri aquella célebre página de espaldarazo, principio de mi buena suerte literaria, él, que asistía a mi madre, me preguntó un día, con sus simpáticas zetas, que tan bien le sentaban:
>
> —*¿Uztedes zon algo de eza muchacha que descubrió Zalaverri?*
>
> Roja hasta la frente, le respondí con un hilo de voz:
>
> —*Yo soy ella.*
>
> Y él, mirándome de arriba abajo, en suspenso un segundo, me dijo luego con su leal franqueza:
>
> —*Pues, mire, nadie lo diría.*
>
> Concluyó el breve diálogo con una risa simultánea que fue como el sello de alianza de una amistad que nos duraría sin ninguna sombra, toda la vida".

La gracia del relato se explica y se comprende porque la misma Juana lo dijo en su "Autobiografía lírica": "LAS LENGUAS DE DIAMANTE fueron una llamarada. El éxito llegó fulminante".

VI

En el momento de proclamarse la candidatura de Juana de Ibarbourou al premio Nobel de Literatura, en nombre de la Academia Nacional de Letras, dijimos lo que, ahora y aquí, nos parece oportuno y adecuado repetir.

No es el momento de los análisis estilísticos que reducen a fórmulas matemáticas, el misterio de la creación poética. Es más bien el instante mágico en que la obra literaria de una mujer uruguaya —que todo se lo debe a sí misma— ondea como una bandera victoriosa para orgullo del Continente americano y exaltación del habla española.

Se trata, sencillamente, de examinar la trayectoria de una labor intelectual que comienza cuando se apaga, dentro de marco trágico, la llamarada lírica de Delmira Agustini, y cuando se va hundiendo, en voluntario silencio, María Eugenia Vaz Ferreira,

"por haber nacido póstuma
dentro de su propia lápida"...

Bajo el arco de triunfo iniciado en 1919 con LAS LENGUAS DE DIAMANTE y terminado, momentáneamente, en 1963, con su más completa antología poética —"Tiempo"—, pasa la auténtica personalidad que sobrevive a Alfonsina Storni y a Gabriela Mistral.

Por ahí andan investigaciones y ensayos que ponen al sol las raíces con que se nutre la obra completa integrada por prosa y verso de óptimas calidades.

En viejas Universidades europeas y en juveniles colegios americanos, el verso de Juana de Ibarbourou ha servido para aumentar la bibliografía de los estudios estilísticos y decorár algunas tesis doctorales.

La voz sorprendente que allá por las serranías melenses se alzó un día para asombro de todos, continúa dándose al viento, sin descender de lo alto, ni desmejorar su acento.

Se multiplican los homenajes que congregan extraordinarias adhesiones y Juana de Ibarbourou, con la más auténtica humildad, aleccionadora para vanidosos y ambiciosos, prosigue su labor —sin ambiciosa vanidad—, "asida a una rama de neblina", dialogando con su ayer, en que se entremezclan "oro y tormenta".

Cuando Rubén Darío estaba en la madurez de su gloria inmarcesible, dijo en versos inolvidables sin censurar la injusticia del reproche que se le hacía:

"Yo sé que hay quienes dicen
¿Por qué no canta ahora
Con aquella alegría
Armoniosa de antaño?".

Quizás la misma pregunta formulan a Juana de Ibarbourou los implacables buscadores de imposibles, cuando advierten la evolución natural de un pensamiento y de un sentimiento que transcurren, armoniosamente, desde la desafiante aurora de la vida intelectual hasta el reposado remanso de la madurez sin flaqueza. ¿No les basta la cosecha opima cuyas semillas florecen con cada primavera? ¿No consagran, definitivamente, un nombre en la historia de la literatura nacional y americana, más de quince libros que, en verso o en prosa, evidencian una realidad sin parangón en el mundo hispanohablante?

La hora del tiempo siempre estuvo puntual en el verso de Juana de Ibarbourou: unas veces amanecida con las aureolas de la gracia, y otras veces, entenebrecida con la sonrisa triste de los desencantos pasajeros. Tuvo que ocurrir así, porque Juana de Ibarbourou, con dócil sencillez de artista, ajustó su poesía a la imperativa urgencia creadora que le trazó

el rumbo en respuesta a un divino mandato ineludible. Su obra lírica muestra el acento del instante en que nació a la inmortalidad, ya por espontánea predisposición espiritual, ya por transitorio capricho de mujer, ya por explicable curiosidad estética, ya por sencillas exigencias volanderas. Por esto acierta Gabriela Mistral cuando afirma que "por algo lleva ella —Juana de América— nombre geográfico adobado al de la pila bautismal"; y acierta, de igual modo, Alfonso Reyes cuando sostiene que Juana ha estado presente siempre "donde se dice poesía", "donde se dice mujer" y "en todo sitio de América donde hacía falta un aliento".

Quienes buscan antecesores de la faena lírica de Juana de Ibarbourou olvidan que sus primeros maestros fueron la calandria —el ruiseñor de nuestros montes criollos— que le enseñó a enhebrar ritmos musicales en la hora ardiente del mediodía, y el grillo nocherniego que cantaba en la "soledad sonora", mientras en el agua dormida del arroyo Conventos se bañaban pudorosas las estrellas...

No hay que rastrear tratados, ni denunciar influencias, ni bucear bibliografías, para enterarse de que Juana de Ibarbourou no tuvo más libro de horas augurales que la calma aldeana del solar nativo, alterada en las tardes de estío por la metálica vibración de las cigarras y mojada en los silencios invernales por la pertinaz neblina que desvanece el paisaje...

La vida, esa misma vida que pasa por sus poemas como una elástica danzarina, transportó a Juana de Ibarbourou a la capital de la República, y la llevó, después, a la soledad campesina de Santa Clara de Olimar —donde nació "Raíz Salvaje"—, para regresar a Montevideo, que se engalana con su presencia.

Como si una fuerza telúrica la retuviera, permanece en la Patria, aunque la reclaman pueblos hispanoamericanos. México la declaró, por ley, permanente Huésped de Honor de la Nación. Y Juana se resiste a salir del terruño. Prefiere las cuatro paredes de su casona franciscana a los amplios horizontes del mundo.

No habita torre de marfil, ni anda solitaria entre la multitud vocinglera; pero, tal como aconsejaba el autor de "Cantos de vida y esperanza", sabe poner ante todo llamado

"una soberbia insinuación de brisa
y una tranquilidad de mar y cielo".

Basta desandar caminos de la memoria para encontrar páginas de su siembra en defensa de las mejores causas humanas, idealistas, democráticas.

No ha llegado a su puerta pedigüeño de gloria o gestor de entusiasmos, que no haya recibido dádiva o elogio sin reticencias, porque Juana tiene la generosidad por principio y la espléndida riqueza de su palabra para prodigarla sin exigir réditos a quienes muestran la ilusión de la fe y de la esperanza.

Millonaria de estímulos, Juana de Ibarbourou nunca ha dejado de sonreir con su más bella sonrisa aún para aquéllos que andan apresurados e impacientes en procura de pedestales. Ella sabe bien quién es, e intenta ignorarlo y ocultarlo, porque le duele la envidia ajena, le place el triunfo de los otros y se siente espléndidamente feliz con la brisa de gloria que le orea la frente.

Por si todo esto fuese poco —¡qué ya es grandeza!—, su obra lírica se expande hacia múltiples

mundos de belleza. Los niños de América, en coros angélicos, cantan sus poemas musicalizados como para darle al verso nuevas vibraciones de cristal. Los escolares en el delicioso lenguaje infantil de formas ingenuas y de colores audaces, conducidos e inspirados por los poemas de Juana, despiertan su mágico universo de ensueño y lo ofrecen en representaciones plásticas primorosas. Pintores y grabadores del continente exploran en poesías de Juana y confían al lenguaje estético de lo plástico, sus más finas interpretaciones. También los poemas de Juana, en la danza coreográfica que refunde todas las expresiones de lo Bello, dan ocasión y motivo para crear manifestaciones de gracia en movimientos artísticos de suprema elegancia.

Juana desborda así, el ámbito de la Patria y puede entregar, sin temores, la plenitud de su obra, a la consideración universal. Ella sabe que sus versos han de perdurar y han de sobrevivirla "porque tienen calor de Dios templado en sus raíces" y, por esto, segura de su gloria, ha podido predecir el destino de su poesía, augurando:

"Mancebos fuertes y doncellas dulces,
Almas de ascua en juventud florida,
Han de vivir mis versos en la eterna
Y renovada gracia de la vida".

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

JUANA DE IBARBOUROU

Nació en Melo, capital del Depto. de Cerro Largo, el 8 de marzo de 1895, hija de Vicente Fernández, español y Valeriana Morales, uruguaya. Cursa estudios primarios y mientras tanto compone poemas que publica en "El Deber Cívico" y "El Nacionalista" de su ciudad natal. En 1915 casa con el capitán Lucas Ibarbourou y comienza a usar el pseudónimo "Jeannette d'Ibar".

Reside en varios lugares de la República y, ya en Montevideo hacia 1918, Vicente A. Salaverri anuncia la publicación de su primer libro. En 1919 aparece en Buenos Aires *Las lenguas de diamante.* En 1920, se publican en Montevideo sus *Poesías escogidas* y *El cántaro fresco,* poemas en prosa. Tras larga temporada en el campo, edita en 1922 *Raíz salvaje.*

El 10 de agosto de 1929, en el Palacio Legislativo recibe el título propuesto por José Santos Chocano de "Juana de América" en solemne ceremonia presidida por Juan Zorrilla de San Martín. Hacia 1930 publica en Montevideo *La rosa de los Vientos* y aparece en Madrid una antología suya titulada *Sus mejores poemas.* En 1932 fallece su padre y en 1934 da a la imprenta en Montevideo, *Loores de Nuestra Señora* y *Estampas de la Biblia.* Entre 1935 y 1938, recibe la Medalla de oro de Francisco Pizarro, del Perú, la Orden del Cóndor de los Andes, de Bolivia, y la Orden del Sol, del Perú.

En enero de 1938, junto a Gabriela Mistral y Alfonsina Storni interviene en los Cursos Sudamericanos de Vacaciones, hacia 1942 fallece su esposo y en 1944 publica en Buenos Aires *Chico-Carlo.* El año siguiente edita en Montevideo *Los sueños de Natacha* y *Roosevelt, Sarmiento, Martí.* Obtiene el Primer Premio a la producción artística-literaria del Ministerio de Instrucción Pública y el gobierno adquiere la propiedad de su producción édita e inédita en prosa y verso.

El 7 de noviembre de 1947 ingresa a la Academia Nacional de Letras del Uruguay, pierde su madre en 1949 y en 1950 edita *Perdida* en Buenos Aires. Hacia 1951 el gobierno mexicano le discierne el título de "Huésped de Honor" de la ciudad de México y en 1953 la Unión de Mujeres Americanas le concede el título de "Mujer de las Américas de 1953". El mismo año publica en Buenos Aires *Azor* y sus *Obras completas* en Madrid entre las que figuran además *Mensajes del escriba,* poesías, y *Puck* y *Destino,* prosa, y viaja a Estados Unidos. En 1955 publica en Madrid, *Romances del destino* y en 1956 aparece en Chile *Oro y tormenta.* Fuera de las obras mencionadas, ha publicado *Páginas de literatura contemporánea* (Montevideo, 1924), *Ejemplario* (Montevideo, 1927), *San Francisco de Asís* (Montevideo, 1935), *Canto rodado* (Montevideo, 1958), ha dictado innumerables conferencias y colabora en las más importantes publicaciones de Hispano-América.

CRITERIO DE LA EDICION

Las lenguas de diamante se publica por 5ª vez, siendo las ediciones anteriores las siguientes: 1ª, Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1919, 2ª edición corregida y aumentada, Montevideo, Maximino García, 1923, 3ª, Buenos Aires, 1926, 4ª, Montevideo, A. Monteverde & Cía, 1927.

La presente edición utiliza el texto de la última de las antedichas, haciendo constar en cada caso las nuevas incorporaciones a la primera. Se agregan además algunas poesías que pertenecen al mismo ciclo creador y que aparecieron en la Biblioteca "Selección Literaria", "Pequeñas Antologías" dirigidas por Manuel de Castro, año I, Nº 1, Montevideo, agosto de 1920, Juana de Ibarbourou, *Poesías escogidas.*

Esta edición fue corregida por la autora, y cotejada con el texto que Dora Isella Russell, con la asesoría de Juana de Ibarbourou, preparara para las *Obras completas* (Madrid, 1953). En lo referente a ortografía se han seguido las nuevas normas de la Academia Española.

LAS LENGUAS DE DIAMANTE

DEDICATORIA

Dedico este libro a mi compañero, ya que la mayor parte de estas poesías, que datan de la dulce época de nuestro noviazgo, son y serán siempre actuales, porque es perdurable el sentimiento que las ha inspirado, y una perenne ilusión hace que en el esposo vea siempre al amante.

J. de I.

I

LA LUZ INTERIOR

LAS LENGUAS DE DIAMANTE

Bajo la luna llena, que es una oblea de cobre,
Vagamos taciturnos en un éxtasis vago,
Como sombras delgadas que se deslizan sobre
Las arenas de bronce de la orilla del lago.

Silencio en nuestros labios una rosa ha florido
¡Oh, si a mi amante vencen tentaciones de hablar!,
La corola, deshecha, como un pájaro herido,
Caerá, rompiendo el suave misterio sublunar.

¡Oh dioses, que no hable! ¡Con la venda más fuerte
Que tengáis en las manos, su acento sofocad!
¡Y si es preciso, el manto de piedra de la muerte
Para formar la venda de su boca, rasgad!

Yo no quiero que hable. Yo no quiero que hable
Sobre el silencio éste, ¡qué ofensa la palabra!
¡Oh lengua de ceniza! ¡Oh lengua miserable,
No intentes que ahora el sello de mis labios te abra!

Baja la luna-cobre, taciturnos amantes,
Con los ojos gimamos, con los ojos hablemos,
Serán nuestras pupilas dos lenguas de diamantes
Movidas por la magia de diálogos supremos.

LA PEQUEÑA LLAMA

Yo siento por la luz un amor de salvaje.
Cada pequeña llama me encanta y sobrecoge.
¿No será, cada lumbre, un cáliz que recoge
El calor de las almas que pasan en su viaje?

Hay unas pequeñitas, azules, temblorosas,
Lo mismo que las almas taciturnas y buenas.
Hay otras casi blancas: fulgores de azucenas.
Hay otras casi rojas: espíritus de rosas.

Yo respeto y adoro la luz como si fuera
Una cosa que vive, que siente, que medita,
Un ser que nos contempla transformado en hoguera.

Así, cuando yo muera, he de ser a tu lado,
Una pequeña llama de dulzura infinita
Para tus largas noches de amante desolado.

LAS CUATRO ALAS DE ABEJA

He vuelto de la cita con cuatro alas de abejas
Prendidas en los labios. Cuatro alas de abejas
Doradas y bermejas.

¡Milagro como el de la barba de Dionisos,
El dios de acento dulce! La barba de Dionisos
Que tenía cuatro alas de abeja en vez de rizos.

Tus labios en mis labios derramaron su miel
Y brotaron las alas. Derramaron su miel
Y tuve las dulzuras de un panal en la piel.

No riáis. Las cuatro alas de abeja no se ven,
Mas las siento en la boca. Las alas no se ven,
Mas a veces, ¡prodigio!, vibran hasta en mi sien.

Y más adentro aún. Las dulces alas vibran
Hasta en mi corazón. Las dulces alas vibran
Y a mi alma de toda angustia y pena libran.

Mas si un día dejaran de aletear y zumbar...
Si se hicieran ceniza... Si cesara el zumbar
De las alas que hiciste en mis labios brotar...

¡Qué tristeza de muerte! ¡Qué alas negras de queja
Brotarían entonces! ¡Qué alas negras de queja
En lugar de las alas transparentes de abeja!

LA ESPERA

¡Oh lino, madura, que quiero tejer
Sábanas del lecho donde dormirá
Mi amante, que pronto, pronto tornará!
(Con la primavera tiene que volver.)

¡Oh rosa, tu prieto capullo despliega!
Has de ser el pomo que arome su estancia.
Concentra colores, recoge fragancia,
Dilata tus poros que mi amante llega.

Trabaré con grillos de oro sus piernas.
Cadenas livianas del más limpio acero,
Encargué con prisa, con prisa al herrero
Amor, que las hace brillantes y eternas.

Y sembré amapolas en toda la huerta.
¡Que nunca recuerde caminos ni sendas!
Fatiga: en sus nervios aprieta tus vendas.
Molicie: sé el perro que guarde la puerta.

LO QUE SOY PARA TI

Cierva,
Que come en tus manos la olorosa hierba.

Can,
Que sigue tus pasos doquiera que van.

Estrella,
Para ti doblada de sol y centella.

Fuente,
Que a tus pies ondula como una serpiente.

Flor,
Que para ti solo da mieles y olor.

Todo eso yo soy para ti.
Mi alma en todas sus formas te di.
Cierva y can, astro y flor,
Agua viva que glisa a tus pies,
Mi alma es
Para ti,
Amor.

LA HORA

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

REBELDE

Caronte: yo seré un escándalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
Y bajo tus miradas de siniestro patriarca
Las tímidas y tristes, en bajo acento, oren,

Yo iré como una alondra cantando por el río
Y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,
E irradiaré en las ondas del arroyo sombrío
Como una azul linterna que alumbrara en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros
Que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,
Cuando quieras dejarme a la orilla del río
Me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

LA ANGUSTIA DEL AGUA QUIETA

Párpado gris, inmóvil, con arrugas de piedra,
El brocal de este pozo viejo y abandonado,
Ostenta las pestañas de unos troncos de hiedra
Y la ceja herrumbrosa de un arco mutilado.

En el fondo, la oblea del agua muda y quieta
Es la pupila ciega de este pozo desierto.
¡Pupila siempre fija, por la angustia secreta
De la imagen inmóvil bajo el párpado abierto!

Aunque corran las nubes, aunque traigan los vientos
Pétalos de rosales y hojas de pensamientos,
Aunque pasen amantes coronados de hiedra,

Esta agua siempre fija, sin reflejos, tranquila,
En el fondo del pozo es la ciega pupila
Muda y desesperada en su cuenca de piedra.

IMPLACABLE

Y te di el olor
De todas mis dalias y nardos en flor.

Y te di el tesoro
De las hondas minas de mis sueños de oro.

Y te di la miel,
Del panal moreno que finge mi piel.

¡Y todo te di!
Y como una fuente generosa y viva para tu alma fui.

Y tú, dios de piedra
Entre cuyas manos ni la yedra medra;

Y tú, dios de hierro,
Ante cuyas plantas velé como un perro,

Desdeñaste el oro, la miel y el olor.
¡Y ahora retornas, mendigo de amor,

A buscar las dalias, a implorar el oro,
A pedir de nuevo todo aquel tesoro!

Oye, pordiosero:
Ahora que tú quieres es que yo no quiero.

Si el rosal florece,
Es ya para otro que en capullos crece.

Vete, dios de piedra,
Sin fuentes, sin dalias, sin mieles, sin yedra.

Igual que una estatua,
A quien Dios bajara del plinto, por fatua.

¡Vete, dios de hierro,
Que junto a otras plantas se ha tendido el perro!

AMEMONOS

Bajo las alas rosa de este laurel florido,
Amémonos. El viejo y eterno lampadario
De la luna ha encendido su fulgor milenario
Y este rincón de hierba tiene calor de nido.

Amémonos. Acaso haya un fauno escondido
Junto al tronco del dulce laurel hospitalario
Y llore al encontrarse sin amor, solitario,
Mirando nuestro idilio frente al prado dormido.

Amémonos. La noche clara, aromosa y mística
Tiene no sé qué suave dulzura cabalística.
Somos grandes y solos sobre el haz de los campos.

Y se aman las luciérnagas entre nuestros cabellos,
Con estremecimientos breves como destellos
De vagas esmeraldas y extraños crisolampos.

EL FUERTE LAZO

Crecí
Para ti.
Tálame. Mi acacia
Implora a tus manos su golpe de gracia.

Florí
Para ti.
Córtame Mi lirio
Al nacer dudaba ser flor o ser cirio.

Fluí
Para ti.
Bébeme. El cristal
Envidia lo claro de mi manantial.

Alas di
Por ti.
Cázame. Falena,
Rodeo tu llama de impaciencia llena.

Por ti sufriré.
¡Bendito sea el daño que tu amor me dé!
¡Bendita sea el hacha, bendita la red,
Y loadas sean tijeras y sed!

Sangre del costado
Manaré, mi amado.
¿Qué broche más bello, qué joya más grata,
Que por ti una llaga color escarlata?

En vez de abalorios para mis cabellos,
Siete espinas largas hundiré entre ellos,
Y en vez de zarcillos pondré en mis orejas
Como dos rubíes dos ascuas bermejas.

Me verás reír
Viéndome sufrir.

Y tu llorarás
Y entonces... ¡más mío que nunca serás!

LA ESTRELLA

En el agua la estrella se refleja
Como una lentejuela de oro vivo,
O un lunar imprevisto en el motivo
Gris y redondo de la charca añeja.

Admiradas, absortas en la duda
De qué será lo que en el pozo brilla,
Las ranas están quietas a la orilla
En una adoración paciente y muda.

Y el pastor loco que con astros sueña
Hunde en el agua la imprudente mano.
Quiere sacar la estrella del pantano
Y en la imposible salvación se empeña.

¡Cloc, cloc! —gimen las ranas desoladas.
Roto el reflejo, desgarrado el astro,
Ya no queda en la charca sino un rastro
De hebras de luz sutiles y doradas.

Y yo, que asisto a la lección y llevo
En mi charca interior la dulce estrella
De una ilusión que se retrata en ella,
A ansiar la realidad ya no me atrevo.

Y como hipnotizada por el loco
Afán de no ver roto mi tesoro,
Hago guardia tenaz al astro de oro,
Lo miro fijo, pero no lo toco.



MELANCOLIA

La sutil hilandera teje su encaje oscuro
Con ansiedad extraña, con paciencia amorosa.
¡Qué prodigio si fuera hecho de lino puro
Y fuera, en vez de negra la araña, color rosa!

En un rincón del huerto aromoso y sombrío
La velluda hilandera teje su tela leve.
En ella sus diamantes suspenderá el rocío
Y la amarán la luna, el alba, el sol, la nieve.

Amiga araña: hilo cual tú mi velo de oro
Y en medio del silencio mis joyas elaboro.
Nos une, pues, la angustia de un idéntico afán.

Mas pagan tu desvelo la luna y el rocío.
¡Dios sabe, amiga araña, qué hallaré por el mío!
¡Dios sabe, amiga araña, qué premio me darán!

PASION

¡Oh! No es, no, mi carne, la que sufre el martirio.
Es mi alma, mi alma tan blanca como un lirio
A veces, y otras veces, como una brasa, roja,
La que sufre la angustia y toda se deshoja,

En lágrimas salobres con un gusto de hiel.
En lágrimas amargas que dejan en la piel
De mi rostro moreno, cual maléfico riego,
Un rastro calcinante como un surco de fuego.

Es mi alma, ¡mi alma!, que sufre la tortura
Y se exalta en extraña ansiedad de ternura
Lo mismo que su hermana Teresa de Jesús.

Es mi alma, ¡mi alma!, que desea una cruz
De amor grande y doliente, de pasión y martirio.
¡Mi alma roja y blanca, de rosal y de lirio!

¿SUEÑO?

¡Beso que ha mordido mi carne y mi boca
Con su mordedura que hasta el alma toca!
¡Beso que me sorbe lentamente vida,
Como una incurable y ardorosa herida!

¡Fuego que me quema sin mostrar la llama
Y que a todas horas por más fuego clama!
¿Fué una boca bruja o un labio hechizado
El que con su beso mi alma ha llagado?

¿Fué en sueño o vigilia que hasta mí llegó
El que entre sus labios mi alma estrujó?
Calzaré sandalias de bronce e iré

Adonde esté el mago que cura me dé.
¡Secadme esta llaga, vendadme esta herida
Que por ella en fuga se me va la vida!

REDENCION

Mi alma era una choza cerrada a cal y canto.
Acaso no sabía ni de sol ni de luz,
E ignoraba asimismo del inmenso quebranto
Que sufrió en el calvario nuestro hermano Jesús.

Una queja tan honda como un lloro doliente
La abrió luego a la vida cual un cáliz en flor.
Y fue un deslumbramiento magnífico y ardiente
A través de esa brecha que le hiciera el dolor.

Y ahora está mi alma abierta a cuatro vientos.
Fue cada sufrimiento una nueva ventana
Hacia los dilatados y puros firmamentos.

Era inhospitalaria, insensible y oscura.
Dolor abrió sus puertas y ahora de ella mana
Un gran haz de luz clara de infinita dulzura.

LAMENTACION

Soy enredadera:
¡Bendecida el hacha que mi tronco hiera!

Soy una amatista:
¡Alabado el lodo que mi lumbre vista!

Lámpara votiva,
Maldigo el aceite que me tiene viva.

Falena rosada,
Sueño en una espina, para ser clavada.

Boca que desdeña la miel de la fruta,
Pide, en cambio, el vaso lleno de cicuta.

Puesto que he perdido la luz de su amor,
El ser que me diste, ¡tómalo, Señor!

Mutila mi lengua que aún por él clama.
Ciégame estos ojos que aún buscan su llama.

¡Córtame estas manos cobardes que imploran
Y cierra estos labios que por él te oran!

Convierte en ceniza
Estos pies que aún buscan la ruta que él pisa.

Tapia los oídos,
Que aún su acento atisban en todos los ruidos.

¡Ay, triste de mí,
Que luz y alegría con su amor perdí!

¡Ay, triste de mí,
Que ya nunca, nunca seré lo que fui!

VIDA - GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
Alboroto divino de alguna pajarera
O junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos,
Alargados en tallos, suban a ver de nuevo
La lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
Más breve. Yo presiento
La lucha de mi carne por volver hacia arriba,
Por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
Podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
En medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
En la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
Yo subiré a mirarte en los lirios morados!

TE DOY MI ALMA...

Te doy mi alma desnuda,
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda como el puro impudor
De un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
Serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
Frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
Y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
Que tuviera una intensa blancura de azucena!

¡Desnuda, y toda abierta de par en par
Por el ansia de amar!

LAS VIOLETAS

Esmaltan el contorno entero de la fuente,
Y son cual pebeteros que aroman la corriente.
Recogiéndolas sufro por la glotona pena
De que no quepan todas en mi canasta llena.

Allí las plantó un mago para que cada moza
Que llene en esas fuentes sus ánforas de loza,
Sienta la tentación de prenderlas al seno
Como en un raro búcaro opulento y moreno.

¿Quieres tú una? Aspírala. ¡Si parecen de miel
Y dejan largo rato su perfume en la piel!
Exprímela en los labios. ¡Qué picante sabor!

Juraría que guarda cada cáliz, amor.
Tal vez por eso un mago las plantó allí en la fuente
Para hacer algún filtro con la clara corriente.

"TOILETTE" SUPREMA

Bajo el encanto sombrío
De la tarde de tormenta
Hay trazos de luz violenta
En la amatista del río.
Y siento la tentación
De hundir mi cuerpo en la oscura
Agua quieta que fulgura
Bajo el cielo de crespón.

Intensa coquetería
Del contraste con la onda
Que hará mi carne más blonda
Entre su gasa sombría.
Rara y divina *toalé*
Que en la penumbra amatista
Dará una gracia imprevista
A mi cuerpo rosa-té.

Ninguna tela más bella
En su pliegue ha de envolverme.
¡Nunca tornarás a verme
Con tal blancura de estrella!
Jamás caprichoso azar
Ha dado, a ninguna amante,
Un lecho más fulgurante
Bajo el amado mirar.

Deja que el río me vista
Con sus largos pliegues lilas,
Y guarda en tus dos pupilas,
Junto al fondo de amatista,
La visión loca y suprema
De mi cuerpo embellecido
Por el oscuro vestido
Y la sombría diadema.

DESPECHO

¡Ah, que estoy cansada! Me he reído tanto,
Tanto, que a mis ojos ha asomado el llanto;
Tanto, que este rictus que contrae mi boca
Es un rastro extraño de mi risa loca.

Tanto, que esta intensa palidez que tengo
(Como en los retratos de viejo abolengo),
Es por la fatiga de la loca risa
Que en todos mis nervios su sopor desliza.

¡Ah, que estoy cansada! Déjame que duerma,
Pues, como la angustia, la alegría enferma.
¡Qué rara ocurrencia decir que estoy triste!
¿Cuándo más alegre que ahora me viste?

¡Mentira! No tengo ni dudas, ni celos,
Ni inquietud, ni angustias, ni penas, ni anhelos.
Si brilla en mis ojos la humedad del llanto,
Es por el esfuerzo de reírme tanto...

EL DULCE MILAGRO

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos y en ellas,
¡Oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto
Y de dicha alterno sonrisa con llanto
Y bajo el milagro de mi encantamiento
Se aroman de rosas las alas del viento.

Y murmura al verme la gente que pasa:
—¿No veis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
Y las va agitando como mariposas!

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
Un milagro de éstos y que sólo entiende
Que no nacen rosas más que en los rosales
Y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que requiere líneas y color y forma
Y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice: —Voy con la dulzura,
De inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierren,
Que con siete llaves la puerta me cierren,
Que junto a la puerta pongan un lebrel,
Carcelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: —Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia,
De un inmenso ramo de rosas de Francia!

LA PASTORA

Ahora soy zagala, que apacenta un rebaño
De estrellas. ¡Dios lo libre de todo mal y daño!
Y si rondan los lobos, y si amaga la peste,
¡Dios haga invulnerable mi rebaño celeste!

Amor que de los cielos dio fuga a las centellas,
Para que yo formara mi rebaño de estrellas,
Las piedras de la senda con sus manos alisa
Y pone entre mis labios la flauta de la risa.

— ¿Adónde vas, pastora de mirada encantada?
— Voy a prados de rosas a pacer mi majada.
Y trina, trina, trina la flauta de cristal
Y se apiada la gula del lobo y el chacal.

— Mañana... — Mas, ¿quién piensa de veras en mañana?
— Tu rebaño de estrellas, pastora sobrehumana...
— ¡Oh, cállate, profeta. No adelantes el mal.
(Y da una nota falsa la flauta de cristal.)

HASTIO

Magdalena: yo a veces envidio lo que fuiste.
Me aburre esta existencia tan monótona y triste.
Hoy daría mi alma por los mil esplendores
Y el vértigo de abismo de tus cien mil amores.

Y después, el sayal gris de los penitentes.
¿Qué importa? Hoy es mi alma un nido de serpientes.
Me vengo del hastío ensoñando el pecado,
Y siento entre mis labios la miel de lo vedado.

El inmenso bostezo de mi paz cambiaría
Por el barro dorado de tus noches de orgía,
Para luego ofrendarlo en un gran vaso lleno

De ungüento de nardos, al rubio Nazareno.
¡Hoy daría mi alma por los mil esplendores
Y el vértigo de abismo de tus cien mil amores!

INSOMNIO

No he podido dormir. Esta noche
    Me ha sido negada
    La gracia sencilla
    Del sueño habitual.
En un zumo de lirios morados
Se anegan mis ojos sombríos y largos
Y en un zumo amarillo de cera
O de vara de nardo marchita,
Se han ahogado las llamas rosadas
Que coloran la piel de mis labios.

Si me pongo recta, cruzadas las manos,
    La boca estrujada,
Abrochados los párpados lacios,
    Parezco una muerta.
El insomnio taladra mis sienes
Con sus siete clavos de vigilia ácida.
Y retoñan, retoñan deseos.
¿Dónde se halla, Señor, el amante
Que mis finos cabellos peinaba
Con sus manos morenas que olían
A mazos de trigo y a ramos de dalias?
En mi lecho, que es nata de linos,
Su vacío lugar mana angustia.
Y en el blanco mantel de las sábanas

Me agito intranquila,
Como un haz de culebras trenzadas
Que el látigo rojo
Del insomnio, implacable, fustiga.

No sentir... No pensar... Mas ahora,
¿Qué imprevista dulzura ha llegado
A sentarse a los pies de mi cama?
A mis párpados largos parece
Que una venda de bronce desciende
Y mis manos nerviosas se aquietan
En cruzado ademán de reposo.
No sentir... No pensar... ¿Es el sueño,
O eres tú, monja negra, que llaman
Los hombres, la Muerte?

THAÏS SANTIFICADA

En la página final de un tomo
de *La cortesana de Alejandría,*
de Anatole France.

Bendita la herida que llaga mi planta,
Bendita la angustia que borró mi risa.
Mi boca es más pura desde que no canta
Y mis pies llagados andan más de prisa.

Bendita la saya de burda arpillera
Que en mi piel dibuja pardas rozaduras.
Hoy soy más dichosa que lo que antes era
Entre mis tapices y mis colgaduras.

Benditos los negros brazaletes largos
De la cuerda ruda que hirió mis muñecas.
Me saben a mieles los jugos amargos
Y en éxtasis beso mis dos manos secas.

Carroña yo he hecho del cuerpo menguado
Que con siete inmundos chacales dormía.
Los siete chacales rojos del pecado
Que paseé triunfante por Alejandría.

Estiércol yo he hecho de la carne loca
Que en largas orgías fatigó su nardo.
¡Y hoy un lirio de oro floreció en mi boca
Y a mis pies, sumiso, se ovilló un leopardo!

A mi alma, pura por la penitencia,
Ha llegado el soplo claro de la gracia.
¡Y un rosal se eleva de mi pestilencia
Y un halo corona mi cabeza lacia!

OFRENDA

Cuido mi cuerpo moreno
Como a un suntuoso marfil.
Cuido mi cuerpo moreno
Para que de gracia lleno
Sea del pie hasta el perfil.

Copa con vino de vida,
Vaso con miel de pasión.
¡Copa con vino de vida,
Y un ascua viva encendida
En lugar del corazón!

¡Oh, mi amante, te lo ofrendo
Como un regalo de amor!
¡Oh, mi amante, te lo ofrendo
En el engarce estupendo
De mi chal multicolor!

Sangre-fuego, carne-cera,
Olor a sol y a panal.
Sangre-fuego, carne-cera...
¡Te lo doy como si fuera
Un raro bronce oriental!

LA CITA

Me he ceñido toda con un manto negro.
Estoy toda pálida, la mirada extática.
Y en los ojos tengo partida una estrella.
¡Dos triángulos rojos en mi faz hierática!

Ya ves que no luzco siquiera una joya,
Ni un lazo rosado, ni un ramo de dalias.
Y hasta me he quitado las hebillas ricas
De las correhuelas de mis dos sandalias.

Mas soy esta noche, sin oros ni sedas,
Esbelta y morena como un lirio vivo.
Y estoy toda ungida de esencias de nardos.
Y soy toda suave bajo el manto esquivo.

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
Clavel de mi beso que aguarda tu boca.
Y a mis manos largas se enrosca el deseo
Como una invisible serpentina loca.

¡Descíñeme, amante! ¡Descíñeme, amante!
Bajo tu mirada surgiré como una
Estatua vibrante sobre un plinto negro
Hasta el que se arrastra, como un can, la luna.



INQUIETUD

Esta inquietud... Esta inquietud. . —¿Qué oscura
Mano me dio la llama y la negrura
De esta escondida efervescencia loca
Que en salobre sabor sube a mi boca?

Esta inquietud, esta inquietud constante
Que no calman los labios del amante...
Mano larga hacia el astro, alma erguida hacia el cielo,
Cuerpo de cal y escoria negado para el vuelo...

Ansiedad que no cuaja ni en capullo ni en brasa...
Fuego invisible y vivo que sin ascuas abrasa...

Alma en llaga: ¿qué fuente para tu sed reclamas?
Ígnea raíz: ¿qué esperas para brotar en llamas?

LA ESTATUA

Soy campana rota,
Nardo sin olor,
Fuente que ha perdido
Su vivo rumor.

Sólo espinas largas
Mis rosales dan.
Soy de un trigo negro
Que hace amargo el pan.

¿Para qué me quieres
Si no tengo aromas?
¿Para qué me quieres
Si sequé mis pomas?

El estambre de oro
Que mi vida dio,
En un polvo oscuro
Ya se diluyó.

Anda, di a la Muerte
Que aguardando estoy.
Anda, di a la Muerte
Que de bronce soy.

Que ya mis pupilas
No saben llorar,
Y que labios míos
No pueden besar.

Anda, que el rey Midas
Pasó por aquí,
Y en estatua de oro
Transformada fui.

Vete, no murmures
Más esa palabra
Que en mi encanto puede
Ser de abracadabra.

No me digas nada,
No te quejes más.
Si la estatua siente
Te arrepentirás.

AMOR

Primavera
En gracia de olor.
Primavera
En gracia de amor.

Sueño desvelado,
Rara sensación.
¿Qué abeja se ha entrado
En mi corazón?

Inquieta,
No como ni duermo tranquila.
Ansiedad secreta,
Llama en la pupila.

Yo estoy embrujada.
¡Antes no era así!
Yo estoy hechizada
Desde que lo vi.

Lengua que no canta
Es mala señal.
Boca que no yanta
Va gritando el mal.

Y sigo la vía
Sin saber si es que
Encontré alegría
O si angustia hallé.

Yo estoy embrujada.
¡Antes no era así!
¡Yo estoy hechizada
Desde que lo vi!

F U S I O N

Mi alma en torno a tu alma se ha hecho un nudo
    Apretado y sombrío.
Cada vuelta del lazo sobrehumano
Se hace raíz, para afianzarse hondo,
Y es un abrazo inacabable y largo
Que ni la muerte romperá. ¿No sientes
Cómo me nutro de tu misma sombra?
Mi raíz se ha trenzado a tus raíces,
Y cuando quieras desatar el nudo,
¡Sentirás que te duele en carne viva
Y que en mi herida brota sangre tuya!

¡Y con tus manos curarás la llaga
Y ceñirás más apretado el nudo!

SAMARITANA

Tenía las pupilas tristes y tenebrosas
Como dos pozos secos. Y en la boca dos rosas
De fiebre y avidez.
Y dos rosas de sangre purpuraban sus pies.

Limpias muchachas rubias volvían de la fuente
Con las cántaras llenas de agua clara y bullente.
Y clamó él: —¡Piedad!
Pero ellas pasaron sordas a su ansiedad.

Las muchachas de piedra cantando se alejaron
Y en el aire una estela de frescura dejaron.
Él gemía. Mi alma gritó entonces: —¡Piedad!
Y el grito entre mis labios se hizo clamor: —¡Piedad!

La sed era en su boca como un largo rubí.
Y yo el cántaro vivo de mi cuerpo le di.

LA INQUIETUD FUGAZ

He mordido manzanas y he besado tus labios.
Me he abrazado a los pinos olorosos y negros.
Hundí, inquieta, mis manos en el agua que corre.
He huroneado en la selva milenaria de cedros
Que cruza la pradera como una sierpe grave,
Y he corrido por todos los pedrosos caminos
Que ciñen como fajas la ventruda montaña.

¡Oh amado, no te irrites por mi inquietud sin tregua!
¡Oh amado, no me riñas porque cante y me ría!
Ha de llegar un día en que he de estarme quieta,
        ¡Ay, por siempre, por siempre!
Con las manos cruzadas y apagados los ojos,
Con los oídos sordos y con la boca muda,
Y los pies andariegos en reposo perpetuo
        Sobre la tierra negra.
¡Y estará roto el vaso de cristal de mi risa
En la grieta obstinada de mis labios cerrados!

Entonces, aunque digas: —¡Anda!, ya no andaré.
Y aunque me digas: —¡Canta!, no volveré a cantar.
Me iré desmenuzando en quietud y en silencio
        Bajo la tierra negra,
Mientras encima mío se oirá zumbar la vida
        Como una abeja ebria.

¡Oh, déjame que guste el dulzor del momento
        Fugitivo e inquieto.

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
        Se te oprima a los labios!

Después será cenizas bajo la tierra negra.

MONJA NOCHE

Monja Noche es augusta, misteriosa, callada,
Y viste hábito negro con fulgente rosario.
Monja Noche padece de la pena ignorada
De quién sabe qué extraño y estupendo calvario.

Posee el don milagroso de adormir los dolores
Bajo el gesto supremo de sus manos en cruz.
Monja Noche comprende los dolientes amores,
Las humanas miserias y el dolor de Jesús.

Yo la espero con ansia pues acalla la pena
De mi amor imposible. Su faz triste, serena
Mi alma miserable, mi alma doliente y gris.

Monja Noche da tregua al dolor del calvario.
Con su hábito negro, su fulgente rosario,
Monja Noche es hermana de Francisco de Asís.

A N G U S T I A

Hemorragia de luna sobre el parque plateado.
Todo duerme, hasta el loco surtidor de la fuente.
El mastín, taciturno, nos contempla callado
Y una brisa de encanto posa el ala en mi frente.

Al andar, nuestros pasos no rechinan la arena.
¿Llevamos las sandalias de gamuza del sueño?
Nuestra sombra se alarga, majestuosa y serena,
Como un manto de corte junto al muro costeño.

¿Esto es limbo o estamos sobre el haz de la tierra?
¿Somos sombras y un círculo de Plutón nos encierra?
El silencio me oprime, como un aro, las sienes.

¡Abre el grifo a la fuente, el mastín azucemos,
Bésame, y al misterio con lascivia ahuyentemos!
¡Si parece de muerte la blancura que tienes!

II
ANFORAS NEGRAS

EL CAMINO DEL CAMPOSANTO

Hoy he pasado por un camino triste
Donde sólo cantan los sapos y los grillos.
Es un camino estéril, reseco, sin orillos
De lodo, y que no viste

Reborde de cicutas ni de cardos.
Me asaltó la garganta un sabor de ceniza.
Medrosa, entre mis labios se agazapó la risa.
Vi mis dedos rosados como diez huesos pardos,

Untados de penumbra, de humedad y de tierra.
Y cual si me golpearan las manos del espanto,
Huí de aquel camino largo del camposanto
Mientras el sol de azufre se acostaba en la sierra.

E N I G M A

¿De qué jugo negro, de qué zumo amargo,
De agua de qué pozo taciturno y largo
Se nutre mi alma, ácida y salobre
Cual vinos guardados en tazas de cobre?

¿Qué savias, ¡oh, dioses!, sorben sus raíces
        Torcidas y grises
        Cual ramas de higuera
Que no fue yemada por la primavera?

Cardo del hastío, que ha ungido la sombra
Con su aceite negro, y que nunca asombra
La luz con su dagas, la secó la angustia
Como una corola que al fuego se amustia.

Y el polen de oro fue polen de cal.
Y la savia dulce fue sudor de sal.
Se estrujó en capullo, sus brotes sorbió,
Y ya nunca, nunca, más fragancias dio.

. . . .

Si un día florece de nuevo, ¿será
Otra vez un lirio, o acaso dará

Un cáliz extraño, negro, atormentado,
Que lleve en sus hojas un dardo clavado?

¡Oh, Dios, ¿cuál será
La flor que mi alma salobre dará?

LACERIA

No codicies mi boca. Mi boca es de ceniza
Y es un hueco sonido de campanas mi risa.

No me oprimas las manos. Son de polvo mis manos,
Y al estrecharlas tocas comida de gusanos.

No trences mis cabellos. Mis cabellos son tierra
Con la que han de nutrirse las plantas de la sierra.

No acaricies mis senos. Son de greda, los senos
Que te empeñas en ver como lirios morenos.

¿Y aún me quieres, amado? ¿Y aún mi cuerpo pretendes
Y, largas de deseo, las manos a mí tiendes?

¿Aún codicias, amado, la carne mentirosa
Que es ceniza y se cubre de apariencias de rosa?

Bién, tómame. ¡Oh laceria!
¡Polvo que busca al polvo sin sentir su miseria!

H I E L

Mi tristeza es estéril como un arenal.
Mi tristeza es hermana de todo pedregal.
Amado: no pretendas de mí brotes ni flor.
Son salobres los jugos que me ha dado el dolor.

Y terca, me empecino rehusando otro riego.
Y terca, huyo de fuentes y a sus sales me entrego.
¡Oh voluptuosidad de mis jugos amargos
Y mis raíces torvas cual cien puñales largos!

¿Y pretendes el polen ácido de mis flores,
Tú, que a tu alcance tienes pomares promisores?
¿Y codicias mi boca, agria como la sal,
Tú, que en los labios tienes escondido un panal?

Aunque de sed me muera rehusaré tu miel.
Ahora que estoy hecha al sabor de la hiel
No quiero más dulzuras. No podría, después
Que el panal se secara, habituarme otra vez

A los riegos amargos. Y yo sé, ¡ah!, yo sé
Que no hay panal ninguno que miel eterna dé.

LO IMPOSIBLE

¡Ah si pudiera ser de piedra o cobre
Para no sufrir!
Para que así dejara de fluir
La cisterna salobre
De mi corazón.
Para que así mis ojos se apagaran
Cual dos trozos mojados de carbón.

¡Convertir en metal la greda viva,
La greda miserable y sensitiva
Donde ha hecho nido la culebra negra
Y eterna del dolor!
¡Ah! ¡Qué mordiera entonces la serpiente!
Riendo le diera como en desafío,
Mi corazón helado como mármol de fuente,
¡Mi corazón de cobre
Donde hubiera cesado de fluír
La cisterna salobre!

¡Y en él mi amor a ti ya no sería
Más que una extraña estalactita fría!

LA TRISTEZA DE LA LUNA

Yo odio a la luna. La luna me embruja
Y me pone triste con su faz de bruja.
Tan triste me pone que a veces parece
Que en mi alma un negro ciprés se estremece.

Bajo su luz clara mi alma queda inerte
Y es como un guiñapo con olor a muerte.
Bajo su luz clara, tan estéril es
Como un prado negro cubierto de pez.

Cavadora blanca, con su azada ahonda
El pozo sombrío de mi pena honda,
Y con sus dos largas manos de cristal,
Derrama en mi senda puñados de sal.

Aunque cubra el ascua de mi angustia viva
Con grises cenizas, la bruja de arriba
Me arroja su soplo y reanima el fuego,
Ciega a todo llanto, sorda a todo ruego.

¡No podré olvidar
Mientras a la luna tenga que mirar!
¡Clamo la ceguera!
¡Quién no ver su lumbre nunca más, me diera!

MAGNETISMO

En tus ojos sombríos me he mirado
Como en el agua de dos lagos negros
Y un vértigó de abismo tenebroso
Me ha hecho temblar de angustia.

¡Ah, si caigo en el fondo de la sima!
¡Ah, si en los lagos tenebrosos caigo!
Yo sé que entonces no ha de haber prodigio
Capaz de levantarme.

Yo sé que siempre el embrujado abismo
De tus pupilas hondas
Me retendrá lo mismo que un guiñapo
Agarrado en las uñas de las zarzas.

. . . .

¡Oh, no apartes de mí tus ojos largos
Porque tiemblo de frío y de tristeza!

. . . .

¡Yo quiero el mal de tus pupilas! Dame
Ese mal que hace bien al alma mía.

. . . .

Lago hechizado de sus ojos: ¡sórbeme!

III

LA CLARA CISTERNA

LA SIESTA DURANTE EL VIAJE

Prado
De una esmeralda rutilante y ácida
Sol de cobre cegante en el sembrado,
Y de tul luminoso entre la plácida
Fugitiva glorieta de glicinas.
Sopor, calor, fragancias bochornosas
De estrujadas corolas campesinas
Y maceradas rosas.

Sopor, calor y pesadez, fatiga
Que se acrecienta al recordar la fuente,
La casa blanca con la alcoba amiga,
La almohada limpia bajo nuestra frente.

La planta en el camino polvoroso,
La idea fija en el hogar lejano,
Y un deseo creciente e imperioso
De la caricia fresca de tu mano.

MATINAL

¡Oh, este rayo de sol que a mi alcoba se cuela
Como una viva y larga, mágica lentejuela!

¡Oh, este rayo de sol que en mi boca se posa
Fingiendo que en mis labios ha florido una rosa!

¡Oh, este rayo de sol que se acuesta en mi seno,
Como una daga fina sobre el cutis moreno!

¡Oh, este rayo de sol que acaso ha acariciado
La dulce y taciturna cabeza de mi amado,

Que tal vez en los labios de mi amante dormido
La misma rosa de oro que en mi boca ha florido!

Enredaste sus manos y entibiaste sus sienes
Y ahora, ¡todo hechizado por su contacto vienes!

Te colgaste a su cuello y llamaste a sus ojos
En los que anoche el sueño pusiera sus cerrojos.

¡Rayo de sol fragante
Que has besado a mi amante!

(Y el rayo es como una culebra de deseo
Que en mi cuerpo vibrante pone su centelleo)

EL BUEN DIA

Me vestiré de blanco, me aromaré de rosas,
E iremos por las rutas que huelen a tomillo,
Igual que una zagala va con su pastorcillo
En busca de lejanas capillas milagrosas.

He de tener las manos frescas como de agua.
Has de tener los labios dulces como la fresa
Y en el ruedo crujiente de mi cándida enagua
Cien espinas fragantes prenderá la maleza.

Y dirán los labriegos que se paren a vernos:
La morena zagala de sonrisa encantada,
Con el pastor de ojos encantados y tiernos
Se va ruta adelante y olvida la majada.

Y reiremos, reiremos llenos de maravilla
Por ser libres y alegres, por ser locos y castos,
Dueños indiscutibles de toda la gramilla,
De las moras maduras y los ásperos pastos.

Y después, al retorno, cual de nuevo moldeados,
Tez caldeada, alma clara, frente limpia y serena.
Y en los ojos en alto, todavía extasiados,
Una imprevista llama de bondad nazarena.

VISION PAGANA

Me soñaba una ninfa entre las ondas
Verdosas, bajo el tul de la arboleda,
Que se extendía, en un dosel de seda,
Sobre las aguas mágicas y hondas.

Tu impaciencia alejábate a las frondas
Umbrosas, para luego, en una queda
Ansiedad, retornar entre la leda
Sombra de las aucáridas redondas.

—¡Sal del baño! —imploraste. Y ya en la arena
Me quitaste la capa y fue serena
La visión de mi cuerpo rosa-té.

Sentí frío, de nuevo me cubriste,
Pero quedó en la sombra de amatiste
Como un sensual olor de Salomé.

LA BUENA CRIATURA

Yo siento por el agua un cariño de hermana.
¡Cuánta suave dulzura para mí de ella emana!
Yo entiendo lo que dicen las gotas cantarinas.
La lluvia, en mi ventana, tiene voces divinas.

El agua es una viva, múltiple criatura,
Que guarda para todos el pan de su ternura.
—Hermana: es como fragua mi boca, con la sed.
Y el agua ofrece el seno y susurra: —¡Bebed!

Hermana: de mi amante la mano honrada y buena,
Se hirió mientras segaba los oros de la avena.
Y el agua con sublime, sencilla caridad,
Murmura: —Entre mis ondas su herida refrescad.

¡Oh santa, milagrosa, sencilla criatura!
¡Fluye como una fuente para ti, mi ternura!

CUADRO

Flota un áspero olor de hinojos y de espinos.
Enfrente, la montaña se alza riscosa, agreste,
Con la cresta empolvada de neblina celeste
Y la planta en el borde de andariegos caminos.

Frescura de agua viva, pastos altos y finos,
Praderas patriarcales de esmeraldina veste,
Y cual serpiente negra dormida en el oeste,
Un bosque susurrante de sauces y de pinos.

Se ensanchan los pulmones con el vaho bravío
De los cardos ceñidos de cuentas de rocío.
Pasa un pastor cetrino con un blanco rebaño.

Después una zagala rubia como una espiga.
Y ríe la mañana placentera y amiga,
Bajo el sol que madura las cosechas del año.

LAS PARVAS

Una parva es un lecho que Amor aroma y mulle
Y el sol, como un amigo cómplice, entibia y dora.
Tan pronto hace de nido donde un jilguero bulle,
Como es cama mullida de cansada pastora.

La adoran los zagales. Las parvas campesinas
Se prestan a inocentes placeres rusticanos,
O son como opulentas y agrestes celestinas
Erguidas en la alfombra musgosa de los llanos.

Dafnis y Cloe buscan su sombra protectora.
Juega como un cordero la pequeña pastora
Rodando entre la paja que le dora las greñas.

Y, cómplices de amantes en las nocturnas citas,
Se aroman de ese vago perfume a margaritas
Que llevan en las auras las alas abrileñas.

SALVAJE

Bebo del agua limpia y clara del arroyo
Y vago por los campos teniendo por apoyo
Un gajo de algarrobo liso, fuerte y pulido,
Que en sus ramas sostuvo la dulzura de un nido.

Así paso los días, morena y descuidada,
Sobre la suave alfombra de la grama aromada
Comiendo de la carne jugosa de las fresas
O en busca de fragantes racimos de frambuesas.

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
De los pastos maduros. Mi cabello sombroso
Esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno,
A salvia, a yerbabuena y a flores de centeno.

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena,
Cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
¡Soy casta como Diana
Y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

LA PROMESA

¡Todo el oro del mundo parecía
Diluído en la tarde luminosa!
Apenas un crepúsculo de rosa
La copa de los árboles teñía.

Un imprevisto amor, mi mano unía
A tu mano, morena y temblorosa.
¡Eramos Booz y Ruth ante la hermosa
Era que circundaba la alquería!

—¿Me amarás? —murmuraste. Lenta y grave
Vibró en mis labios la promesa suave
De la dulce, la amante moabita.

Y fué como un ¡amén! en ese instante,
El toque de oración que alzó vibrante
La rítmica campana de la ermita.

CUAL LA MUJER DE LOT

Un perfume de amor me acompañaba.
Volvía hacia mi aldea, de la cita,
Bajo la paz suprema e infinita
Que el ocaso en el campo destilaba.

En mis labios ardientes aleteaba
La caricia final, pura y bendita,
Y era como una alegre Sulamita
Que a su lar, entre trigos, regresaba.

Y al llegar a un recodo del camino,
Tras el cual queda oculto ya el molino,
El puente y la represa bullidora,

Volví atrás la cabeza un breve instante
Y bajo el tilo en flor ¡vi a mi amante
Que besaba en la sien a una pastora!

PRIMERAS ROSAS

Hoy he visto un seto cubierto de rosas
Y he vuelto a mi casa loca de alegría.
¡Hoy he visto un seto cubierto de rosas!
¡Qué impresión de fiesta de amor, alma mía!

He vuelto a mi casa llena de contento,
Como cuando vemos de nuevo al amante
Por quien suspiramos a cada momento
Y que hace ya mucho se hallaba distante.

Yo que amo las selvas, los campos, los prados,
Los largos caminos verdes y encantados,
El amor sin trabas en la paz campestre,

Sueño ya con dulces fiestas amorosas,
Ante este temprano florecer de rosas
Sobre la negrura de un cerco silvestre.

CAMINO DE LA CITA

Es alegre el camino bajo las ramas
Flexibles y doradas de las retamas,
De tal modo floridas que es el sendero,
Para los verdes prados, un pebetero.

Las glotonas abejas viven de fiesta
Bajo la joya viva de la floresta.
¿Qué buen mago en el valle pulió el tesoro
De estas tan opulentas retamas de oro?

Traigo las trenzas llenas de la fragante
Lluvia de las corolas. Cuando mi amante
Pose en ellas los labios llevará en ellos

El perfume a retama de mis cabellos,
Como un alma aromosa, radiante y loca,
Que el sabor de la cita pondrá en su boca.

VIDA ALDEANA

Iremos por los campos, de la mano,
A través de los bosques y los trigos,
Entre rebaños cándidos y amigos,
Sobre la verde placidez del llano.

Para comer, el fruto dulce y sano
De las rústicas vides y los higos
Que coronan las tunas. Como amigos
Partiremos el pan, la leche, el grano.

Y en las mágicas noches estrelladas,
Bajo la calma azul, entrelazadas
Las manos, y los labios temblorosos,

Renovaremos nuestro muerto idilio,
Y será como un verso de Virgilio
Vivido ante los astros luminosos.

L A C A R I C I A

La tarde taciturna se borraba
En medio de una calma dulce y quieta,
Y entre la sombra azul de la glorieta
El palor de la luna se filtraba.

Tu mano, toda nervios, deshojaba
Las flores de un rosal con una inquieta
Impaciencia, que a veces la secreta
Impulsión de un deseo apresuraba.

Y al cortar una rosa blanca y suave,
Que era como una palpitante ave
Que el azar en tu mano hubiera preso,

Con paso cauteloso te acercaste,
Por los ojos la rosa me pasaste
Y yo sentí la sensación de un beso.

RETORNO

Con la cántara llena de agua,
Y la boca de moras teñida,
Y crujiente de espinas la enagua,
Y en el moño una rosa prendida,

De la fuente retorno, abismada
En el dulce evocar de la cita.
Y se hermana la tarde dorada
Con la luz que en mis ojos palpita.

Una extraña fragancia me enerva,
Y en verdad yo no sé si es que sube
Del jugoso frescor de la hierba,
O se eleva de mi alma a la nube.

Y, despierta sonámbula, sigo
Balanceando mi cántara llena,
Entre el oro alocado del trigo
Y el temblor de los tallos de avena.

AMOR

El amor es fragante como un ramo de rosas.
Amando, se poseen todas las primaveras.
Eros trâe en su aljaba las flores olorosas
De todas las umbrías y todas las praderas.

Cuando viene a mi lecho trae aromas de esteros,
De salvajes corolas y tréboles jugosos.
¡Efluvios ardorosos de nidos de jilgueros,
Ocultos en los gajos de los ceibos frondosos!

¡Toda mi joven carne se impregna de esa esencia!
Perfume de floridas y agrestes primaveras
Queda en mi piel morena de ardiente transparencia.

Perfumes de retamas, de lirios y glicinas.
Amor llega a mi lecho cruzando largas eras
Y unge mi piel de frescas esencias campesinas.

FUGITIVA

Glotona por las moras tempraneras,
Es noche cuando torno a la alquería,
Cansada de ambular, durante el día,
Por la selva en procura de moreras.

Radiante, satisfecha y despeinada,
Con un gajo de aromo en la cabeza,
Parezco una morena satiresa
Por la senda de acacias extraviada.

Mas me asalta el temor ardiente y vivo
De que me sigue un fauno en la penumbra:
Tan cerca que mi oído ya columbra
El eco de su paso fugitivo.

Y huyo corriendo, palpitante y loca
De miedo, pues tan próximo parece,
Que mi gajo de aromos se estremece
Rozado por las barbas de su boca.

PANTEISMO

Siento un acre placer en tenderme en la tierra,
Con el sol matutino tibia como una cama.
Bajo mi cuerpo, ¡cuánta vida su vientre encierra!
¡Quién sabe qué diamante esconde aquí su llama!

¡Quién sabe qué tesoro, dentro de una miriada,
Surgirá de este mismo lugar donde reposo,
Si será el oro vivo de una era sembrada,
O la viva esmeralda de algún árbol frondoso!

¡Quién sabe qué estupenda y dorada simiente
Ha de brotar ahora bajo mi cuerpo ardiente!
Futuro pebetero que esparcerá a los vientos.

En las noches de estío, claras y rumorosas,
El calor de mi carne hecho aroma de rosas,
Fragancia de azucenas y olor de pensamientos.

NOCHE DE TORMENTA

La noche tiene una
Torva y caliginosa dulcedumbre.
Sobre el cielo de estaño da la luna
La impresión de un lunar lleno de herrumbre.

La brisa, como un gato, entre el ramaje
De los árboles negros, juega y salta.
Sobre el lomo del campo es un tatuaje
La alberca que de líquenes se esmalta.

Y es cada cosa un avisor oído
Que se alarga atisbando la tormenta.
Flota un olor de surco removido
Y de tierra sedienta.

¡Ah, qué larga pereza nos enerva
Y con sus grillos nuestros pies sujeta!
¡Qué ganas de dormir sobre esta hierba
Esponjada y discreta!

Y así hasta que la lluvia nos despierte
Con sus cien dedos de frescor salobre,
Y el viento a nuestro lado agite fuerte
Sus campanillas de cristal y cobre.

¡Qué alocado retorno hacia la aldea,
Ceñidos por los hilos de la lluvia,
Mientras el vendaval peina y orea
Mi testa negra y tu cabeza rubia!

MELANCOLIA

Lunes de trabajo, lunes de limpieza.
El quintero riega los surcos de fresa
Que en enero postre darán a mi mesa.

Dentro la cocina,
Hoguera fragante de troncos de encina.
Cobre, llama, loza; agua cristalina
En el vientre combo de la negra tina.

En los corredores,
Aire matutino con olor a flores.

Entre las alcobas,
Sacudir de ropas, arañar de escobas.

Sones de campana,
Misa en la mañana.

Llanto de chiquillo que se va a la escuela
Cual pájaro triste que a la jaula vuela.

Pasa una florista:
Canasta amatista.
Tras tanta violeta se me va la vista.

Lunes: movimiento, trabajo, alegría.
¡Sólo tú, alma mía,
Siempre con tu peso de angustia sombría!
¡Siempre con tu fardo de melancolía!

Aunque la guitarra del domingo vibre
Nada hay que a la zarpa del dolor te libre

Aunque llene el lunes ola de energía,
Igual la tristeza te sigue, alma mía.

La lengua salmodia su rezo en la misa.
La boca de risa.
Las ágiles manos trabajan de prisa.

Mas el alma va
Adonde el amado, que lejano está.
¿Cuándo tornará?

Lunes: movimiento, trabajo, energía.
¡Ay, cómo me abate la melancolía!

BAJO LA LLUVIA

¡Cómo resbala el agua por mi espalda!
¡Cómo moja mi falda
Y pone en mis mejillas su frescura de nieve!
Llueve, llueve, llueve,

Y voy, senda adelante,
Con el alma ligera y la cara radiante,
Sin sentir, sin soñar,
Llena de la voluptuosidad de no pensar.

Un pájaro se baña
En una charca turbia. Mi presencia le extraña,
Se detiene... Me mira .. Nos sentimos amigos...
¡Los dos amamos mucho cielos, campos y trigos!

Después es el asombro
De un labriego que pasa con su azada en el hombro.

Y la lluvia me cubre
De todas las fragancias que a los setos da octubre.

Y es, sobre mi cuerpo por el agua empapado,
Como un maravilloso y estupendo tocado
De gotas cristalinas, de flores deshojadas
Que vuelcan a mi paso las plantas asombradas.

Y siento, en la vacuidad
Del cerebro sin sueños, la voluptuosidad
Del placer infinito, dulce y desconocido,
De un minuto de olvido.

Llueve, llueve, llueve,
Y tengo, en alma y carne, como un frescor de nieve.

CANSANCIO[1]

¡Oh, este eterno anhelar!
¡Oh, esta eterna inquietud!
¡Cómo a veces te sueño,
Sueño del ataúd!

Hasta el cuerpo me duele
De soñar y soñar.
Muerte, anúlame. Hoy tengo
Un ansia de reposar...

A mis plantas se anuda
La fatiga del día.
Una greña, en mi frente,
Finge un ala sombría.

Esta noche, la tierra,
Es un imán tenaz.
¡Oh, tenderse en el polvo!
¡Oh, ser polvo y no más!

---

(1) Este poema y los siguientes fueron agregados en la edición de 1923.

¡Oh, ser polvo y dejarse
Por el viento llevar,
A los cuatro horizontes,
A la selva y al mar!

¡Oh, ser polvo, ser tierra,
Disgregarse, volver
A la nada, que ignora
La fatiga de ser!

Hoy me pesa la carne, hoy el alma me pesa,
Hoy me curva el cansancio de soñar y soñar.
Hoy soy gajo doblado hacia el suelo por una,
Necesidad inmensa, loca, de reposar.

LA CISTERNA

Parece que mi vida presente fuera un pozo,
Una angosta cisterna profunda y circular
Y que, desde su fondo, yo tiendo las dos manos
Suplicantes y ávidas, al externo alentar.

¡Inútil es que alargue hieráticos los brazos,
Que en gritos y oraciones me fatigue la voz!
La sombra es tan ceñida, tan honda en la cisterna,
Que en mí no ha de dar nunca la mirada de Dios.

CAMPO DE PIEDRAS

I

De los hoscos cerros,
De los pedregales,
Mana la tristeza
De la media tarde.

Sol que no fecunda
La tierra sin agua
Y tuerce en angustia
Las carquejas bravas.

Viento que no tiene
Nada en qué aromarse,
Al cruzar hendiendo
Los negros chilcales.

Rincón del planeta
Que aún espera al hombre
Y que se halla virgen
De afán y sudores.

Para él no tienen dolor las escarchas,
Para él carece de mieles la lluvia,
Porque no se ha hecho materno en un surco
Ni nunca ha abrigado semilla ninguna.

¡Oh, Dios! manda a un hombre
Que alce en él su casa
Y que lo remueva
Todo, hasta la entraña.

Que le fíe un árbol,
Que le exija un huerto,
Que haga su esperanza
De ese campo yermo.

Y torna a él tus ojos
Una primavera,
Para recrearte
Con tu obra buena.

Igual que la estéril
A quien das un hijo
Y que en risa y llanto
Te agradece el niño,

Su oración de gracias
Íntima y callada
A ti alzará el mísero
Que tocó tu gracia:

"Porque del estigma de ser insensible
Señor, me libraste;
Porque has hecho un vientre y un seno fecundos
De la tierra llena de agrios pedregales;

Porque ahora conozco la inquietud y el gozo
Y el valor de cuanto me cerca he aprendido;
Porque ya he dejado de ser ciego y sordo,
¡Por la vida eterna, Señor, te bendigo!"

II

¡Oh, Dios; manda a un hombre
Que alce en él su casa
Y que lo remueva
Todo, hasta la entraña!

ESTA PRIMAVERA...

Vino la primavera, pero no para mí,
Que el mirar optimista para siempre perdí.

Ya no más amarillo, rosa, azul, amatista.
Un color de ceniza cobra todo a mi vista.

Por el campo de piedras que rodea mi casa
La nueva primavera sin detenerse pasa.

Y en el triángulo estéril que es hoy mi corazón,
Sólo ha brotado el hongo de la desolación.

De los prados lejanos recogerán los vientos
Sahumos de resinas, de musgos, de sarmientos

Reverdecidos. Luego, al volar sobre el mar,
Con olor de salitre se podrán saturar.

Aquí no. El peñasco muerto y gris no da nada:
Ni vahos de arboledas ni olor a agua salada.

Y en mi alma que antes era un pomo de aroma
Hoy ninguna fragancia en este octubre toma.

SOMBRA

Estrellas recién lavadas
Motean el cielo negro.
Con la nochecita, baja
La nostalgia de los cerros

Causa inquietud el silencio
Del lugar solo y sombrío.
La pena aquí se hace aguda
Como un puñal de dos filos.

En este campo no hay árboles,
No hay agua, no pastan bestias,
Tan sólo los vientos danzan
Sobre la pelada tierra.

Y cuando el día se duerme
Por las ventanas ululan,
Con un fragor erizante
Que hace pensar en las brujas.

Estoy con fiebre. Me duele
El deseo del retorno.
Para acercar lo lejano
Cierro, obstinada, los ojos.

LA CANCION

Mientras fui dichosa,
Canté para mí.
De día y de noche la canción aquélla
No encontraba fin.

La alcé en primavera con los labios dulces
De perfume y miel.
La alcé en el estío con la boca bella
De tanto querer.

Rodaba mi canto como un viento suave
Por cima y hondor.
Lo deseaban todos con ansia de gozo
Para el corazón.

Cantaba y cantaba por completo extraña
A todo sufrir.
Con los ojos sanos, con la vista limpia,
Como ciega fui.

Mas la pena, un día, lo mismo que a un vaso
Quebró mi canción.
Poco estuve muda porque es ley sin tregua
Que he de cantar yo.

Corazón en llaga tórnase vidente
Y a la ajena angustia se da en cabezal.
De hoy en adelante por todos los hombres
Tengo que cantar.

TREGUA EN EL CAMPO

Mujer que te has venido con el alma estrujada
Por la ácida y torva vida de la ciudad:
Cúrate en el silencio, ama tu casa aislada,
Bendice este paréntesis, suave, de soledad.

Torna a ser como antes dulce y despreocupada,
Olvida que conoces cansancio y saciedad.
¡Que bajo tu corteza gris de civilizada,
Surja la campesina que adurmió la ciudad!

Con esta primavera tan cálida y soleada,
Mujer, ¡que te avergüence tu taciturnidad!

CEMENTERIO CAMPESINO

¡Oh muertos casi anónimos del cementerio árido
Donde tan sólo hay piedras y una inmensa palmera
Que hace cantar la brisa y brota cachos dulces
En los primeros meses de cada primavera!

¡Oh muertos para quienes el silencio es enorme
Y no se acaba nunca! ¿Será bueno dormir
Como ellos, sin nada que les aje el reposo?
¿Se está bien allá abajo o desearán salir

Un día, a correr campos, a buscar de los hombres
El movimiento, el grito, la verticalidad,
Cansados del descanso sin tregua, llenos de ansia
Por la inquietud ardiente, viva, de la ciudad?

¡Oh muertos campesinos, hermanos de los otros
Que duermen en el fondo frío y torvo del mar,
Al arrullo monótono y salvaje del agua
Que ahoga todo rezo y estrangula el cantar

De los vientos: yo clamo, yo clamo por vosotros
Con el alma transida de infinita piedad.
¡Pobres muertos del campo a quienes nunca turba
El rumor de la vida honda de la ciudad!

LA ARBOLEDA INMOVIL

Es un "bloc" de pinos. Aunque dance el viento
Más loco y borracho de este mes de julio,
Parece que nunca sus copas se agitan.
Se diría de hierro bajo el plenilunio.

Ha de tener nidos y ha de tener cantos
Mas está hechizada la arboleda ésa.
¡Qué ansiedad punzante me oprime las sienes
Mirándola siempre tan quieta, tan quieta!

Su clamor es mudo como el de una estatua.
Yo siento en mis sueños su opaco alarido.
¡Oh pampero: trénzate a todos los vientos,
Sacúdela y dale la inquietud y el ruido!

En la noche pura, fantástica, clara,
¿Qué oscuro atavismo me enlaza a su angustia?
Yo sé que fue alegre y alocada y niña.
Yo sé que en sus ramas se hamacó la lluvia.

Cuando llegue el alba lejana y helada
Y el cansancio cierre mis ojos insomnes,
La arboleda inmóvil alzará en mi sueño
Su inmenso alarido que ignoran los hombres.

SILENCIO[1]

Mi casa tan lejos del mar.
Mi vida tan lenta y cansada.
¡Quién me diera tenderme a soñar
Una noche de luna en la playa!

Morder musgos rojizos y ácidos
Y tener por fresquísima almohada
Un montón de esos curvos guijarros
Que ha pulido la sal de las aguas.

Dar el cuerpo a los vientos sin nombre
Bajo el arco del cielo profundo
Y ser toda una noche, silencio,
En el hueco ruidoso del mundo.

(1) Este poema y los siguientes fueron agregados en la edición de 1927.

EL DIA

Hombre de faz ceñuda que das al viento puro
Tu frente en la que un surco dibujó la vigilia:
Sonríe a la mañana que vuelca sobre el muro,
El sol de enero hecho mosquetas amarillas.

Sonríe al gozo vivo de la luz que se enciende
En el cielo profundo como un cáliz de oro
Y centellea en el agua que corre entre los berros
Bajo los grandes sauces finos y temblorosos.

Se fue la noche acre que te afiebró las sienes
Y puso en tus mejillas el color de la cera.
¡Sacude la cabeza y da al viento del alba
Todo ese afán nocturno, agrio, que te atormenta!

Hazte nuevo ante el día limpio de toda mancha,
Que surge de la noche como de un vientre impuro
Y es jovial, y se ciñe con el oro y el rosa,
Los colores amados por los dioses jocundos.

Hazte nuevo ante el júbilo de la hora sin mácula
Que baja temblorosa a la tierra grisácea,
Y trae para los hombres que han sufrido en la noche
La fuerza con que puede revivir su esperanza.

LA NUEVA ESPERANZA

Vuelves a mí, esperanza, como un ramo de hierbas
Olorosas, cortadas a la hora del alba.
Tienes la timidez de las flores humildes.
Humildes y menudas como las de la salvia.

Llegas a pasos lentos. Una fragancia leve
Te precede. Yo pliego las manos y te acojo
Con un gesto asombrado de mendiga. No tengo
Ni siquiera el valor de levantar los ojos.

Pero siento que bajo los párpados vencidos
Mi claridad aumenta, y se ensancha a tu halo,
Y me asalta a los labios un sabor de violetas,
Y el aire que me cerca toma un tinte azulado.

¡Mas, me encontraste amarga y en la luz que me inunda
Todavía no puedo darme entera al milagro!

EL CIPRES

Quizás nació en Judea,
Pero se ha hecho ciudadano en todos
Los cementerios de la tierra.

Parece un grito que ha cuajado en árbol
O un Padre Nuestro hecho ramaje quieto.
No ampara ni cobija. Siempre clama
            Por los muertos.

Y si a veces se enrosca por su tronco
Un rosal que florece en los veranos,
Como un trapense extático no siente
La brasa de la flor sobre sus gajos.

Tiene pasta de asceta, el solitario.

O pasta de abstraído.

Pero si uno está hastiado o está triste,
Le hace bien recostarse contra el tronco
            Recto y liso.

Se siente algo sedante en la mejilla
Como si dentro del leñoso tallo

Una intuición ardiente y sensitiva
Compadeciera el gesto de cansancio.

Nunca el ciprés comprenderá la risa,
La plenitud, la primavera, el alba.
Sólo se da a la angustia de los hombres
Y arrulla el sueño eterno como un aya.

Es un gran dedo vegetal que siempre
Está indicando al ruido: ¡calla!

S E T I E M B R E

Es preciso, setiembre, que tú yemes
El solo árbol que flanquea mi casa.
Si la savia se duerme entre su médula
Y no la mueven ni el calor ni el agua,
Mi mesa no tendrá postre en enero
Y el patio familiar será una brasa.

Tiene un aspecto tétrico este árbol.
Yo no le veo ni señal de brotos.
Los plátanos podados de la calle
Se han llenado de hojuelas hasta el tronco...
¡Y qué va a ser de mí si en estos meses
No tengo ni una flor para los ojos!

Un nido de gorrión está aferrado
Entre dos ramas lisas y desnudas.
Setiembre, todo nido necesita
Hojas que lo defiendan de la lluvia.

Además, en enero, bajo la ancha
Sombrilla de su gran copa redonda,
Mi hijo juega al trompo y al balero.
Y si el árbol se seca, no habrá sombra.

Te pido que lo yemes. Por el niño,
Por el casal de pájaros alegres
Y por mi ensueño cada vez más lento.
Sé piadoso, setiembre.

LASITUD

No termines, ¡oh día!, sin dejarme en la mano,
Como una rosa abierta bajo el sol de la tarde,
Este verso tardío que entre mis labios arde
Y que hoy, desde el alba, yo te he pedido en vano.

Déjalo que madure como un fruto en verano
Y aunque amargue su entraña mi lasura cobarde,
Dámelo terso y puro para que en él se guarde
Un poco de este diario y salobre desgano.

Dámelo, día de enero, para que él me avergüence
Mañana, de esta misma blandura que me vence
Y que ciega mis ojos para tu claridad.

No sé cómo se puede estar grave este día.
Presiento que he pecado con mi melancolía
Y que es todo un delito mi taciturnidad.

LA CUNA

Si yo supiera de qué selva vino
El árbol vigoroso que dió el cedro
Para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
Bajo qué brisas fue creciendo lento,
El árbol que nació con el destino
De ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
Una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
Blanca y pequeña como un lindo cesto.
Pero hubo un cedro que nació hace años,
Con el sino de ser para mi hijo
Y preferí la de madera rica
Con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo
Yo me doy a forjar bellas historias:
Tal vez bajo su copa una cobriza
Madre venía a amamantar su niño
Todas las tardecitas, a la hora
En que este cedro amparador de nidos
Se llenaba de pájaros con sueño,
De música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido,
Tan fuerte contra el cierzo y la borrasca,
Que jamás el granizo le hizo mella
Ni nunca el viento doblegó sus ramas!

Él, en las primaveras, retoñaba
Primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
Con su gran tronco y su ramaje amplio.

Árbol inmenso que te hiciste humilde
Para acunar a un niño entre tus gajos:
¡Has de mecer los hijos de mis hijos!
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!

EL JUGUETE

Nunca más la alegría se entretendrá en hacer
Danzar mi alma, vibrante como un trompo de música.
¡Segura estoy que ahora esta alma silenciosa
    La asusta!

Pensará que el juguete multicolor y vivo
Se aquietó entre los dedos que lo hacían bailar,
Roto por el cansancio de la fiesta continua:
Por la ansiedad sin tregua de girar y girar.

Después, un día, la muerte lo ha de alzar del camino
Y entre sus duros dedos lo desmenuzará.

EL RECUERDO

Es un jardín antiguo de árboles sinuosos
Abrumados de ramas. En sus largos caminos,
Danzan las hojas secas y los últimos pétalos
Del verano, que apenas hace un mes que se ha ido.

Tiene extraños recodos donde el sol nunca filtra
Y la leve penumbra toma tintes morados.
Este día de otoño húmedo y taciturno,
Parece què este viejo jardín haya llorado.

Al fondo está la casa con sus blancas columnas
Y su puerta cerrada que ya nadie franquea.
Ante el umbral descienden los anchos escalones
Blandos de hierba nueva que crece entre las piedras.

En un tiempo lejano, tan lejano que a veces
Me parece de sueños, hasta aquí yo venía
Con un hombre al que amaba sobre todas las cosas.
Tiene un sabor extraño el amor en las ruinas.

Hoy he vagado sola por todos los senderos
Bajo el techo nervioso de las altas magnolias.
Traigo un manojo prieto de jacintos violáceos.
Y una melancolía que hasta el cuerpo me agobia.

Cuando vuelva a la loca ciudad iluminada
Tendré los labios pálidos y ardorosa la frente.
Y he de decirle a aquél que se mira en mis ojos:
Vete, que estoy enferma. Por favor, no me beses.

LA CORTESANA AGUA[1]

El agua tiene un alma melancólica y suave
Que en el lecho arenoso de las ondas solloza,
Atrae, llama, subyuga. ¡Dios sabe si la nave
Que naufraga, en sus brazos de misterio, reposa!

El agua tiene labios. El agua canta y besa
Y tiene el atractivo fatal de sus sirenas.
¡Ay tristes de los tristes que inclinen la cabeza
Hacia el extraño encanto de las aguas serenas!

Las ondas son serpientes de letal hipnotismo.
Con su suave lenguaje de rumor y murmullo
Invitan para el sueño en su lecho de abismo.

¡Canto de cortesanas cuyo mágico arrullo
Pone en los corazones el deseo fatal
De dormir sobre el fondo del líquido cristal!

(1) Este poema y los siguientes, no recogidos en libro, proceden de *Juana de Ibarbourou. Poesías escogidas. Pórtico de Miguel de Unamuno*. Edición Selección Literaria. Pequeñas antologías dirigidas por Manuel de Castro. Año I, N.º 1. Agosto de 1920.

IMPLACABLE HIEDRA

La áspera y amarga corteza de la hiedra
Es por siempre el amante de la estatua de piedra,
Rudo amante celoso, absorbente y sombrío,
Que la roba a la brisa, a la luz y al rocío,

Amor de un Cuasimodo tenaz y voluptuoso
Que jamás se saciara de su abrazo monstruoso.
¡Posesión infinita cual de un amante ciego
Sordo a las inflexiones angustiadas del ruego!

¿Qué sensación recorre la epidermis de piedra
Ante esa inacabable caricia de la hiedra?
¿Qué siente, en lo más hondo, la estatua condenada
A esa pasión eterna, implacable y callada?

¡Yo no sé qué tremenda ansiedad de asesino,
En todos esos ojos de mármol, adivino!

• • •

Silba esta noche el viento
Con un jadear de perro fatigado.
Me lo imagino un galgo agudo y negro
Saltando sin cesar entre los árboles.

Mi alma se agazapa
Como una araña torva,
En mi boca, en mis ojos,
En la punta afilada de mis dedos,

Para marearte con sus magnetismos
Y obligarte a olvidar por esta noche
El lugar de mi alcoba donde se halla
La puerta que se abre hacia el camino.

El viento imita ahora el silbo extraño
De los encantadores de serpientes.

SUPREMA OFRENDA

¿Tienes sed, amante? Morderé una vena
De éstas que me azulan el puño como una
Ramazón de luna,
Y una copa llena
De vino tendrás.
Y en la copa plena
Tu sed calmarás.
Y yo he de azuzarte:
—Bebe, amante, bebe,
Pues vaso como éste ya nunca hallarás.

Bebe, bebe, bebe... Y he de quedar blanca,
Como mármol limpio, como yeso nuevo.
Mientras a tus labios traspaso esta viva
Corriente ardorosa que en las venas llevo.

Y tan blanca, tan blanca seré,
Que acaso, embriagado, después me dirás:
—¡Agua del camino que apagó mi sed:
En qué fría piedra contenida estás!

SUPREMO TRIUNFO

Estoy ahora impregnada, toda yo, de dulzura.
Desde que me besaste, toda yo, soy amor.
Y en la vida y la muerte, en lecho y sepultura,
Ya no seré otra cosa que amor, amor, amor...

En la carne y el alma, en la sombra y los huesos,
Yo no tendré más nunca otro olor ni sabor
Que el sabor y el perfume que he absorbido a tus besos.
(Me has dado una fragancia, terca y viva, de flor.)

Hasta el último átomo de mi piel es aroma.
¡Oh mortal podredumbre, te he vencido tal vez!
Eres mi hermano, ¡oh, lirio! Eres mi hermana, ¡oh, poma!
Desde que él me besara, rosa mi cuerpo es.

APENDICE

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Mientras en España no ha habido una mujer que merezca el nombre de poeta, fuera de la maravillosa Rosalía de Castro que escribió en gallego, aquí, en el Río de la Plata, son varias las que han versificado con talento. ¿A qué se debe esta superioridad nuestra, siendo la Argentina y el Uruguay países de escasa literatura? ¿A la sensibilidad y libertad de la mujer, mayores aquí que en España? ¿Tal vez a que en estos países optimistas, sin cansancio y de pocos prejuicios, el amor —tema casi exclusivo de la mujer escritora—, es cosa más común que allí y puede manifestarse, de cualquier clase que sea, con mayor independencia?

Digo esto porque —y he aquí otra singularidad— las tres mujeres rioplatenses que más aptitud han revelado en el verso castellano. —Delmira Agustini, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou—, apenas cantan otra cosa que el amor: un amor de los sentidos, ardiente, sin recatos, casi puramente físico; un amor que no tuvo nunca expresión lírica en la literatura hispanoamericana, a lo menos sentido y cantado por mujeres. Y aquí otras preguntas: ¿Será que las mujeres de estas regiones sienten el amor de tal manera? ¿O será, más bien, obra del contraste entre la realidad y la imaginación? ¿Y porqué

en otras comarcas de habla castellana no ha aparecido esta forma de poesía?

Si Stendhal viviese, seguramente diría que en las márgenes del Plata no existe el amor-pasión. Así lo deduciría del conocimiento de las mujeres rioplatenses y del horror que le produciría nuestra vida mediocre, sin exaltaciones, sin heroísmo, sin entusiasmo para nada que no sean negocios. Pero la lectura de los versos de estas tres mujeres apasionadas le desconcertaría extrañamente. No sabría si considerar su poesía como obra solamente individual o como un signo revelador del espíritu femenino. Pues resulta asombroso el sentido helénico de la vida que muestran las tres escritoras —para las cuales nada existe en el mundo sino su amor y sus sueños— en países donde las mujeres se interesan por los precios de los cereales y la valorización de los terrenos.

Hablo de esto, no para negar carácter representativo a este género de poesía —no considero indispensable que la obra de arte sea un producto del ambiente, si bien lo prefiero así— sino para establecer que en el caso de Juana de Ibarbourou, como en el de Alfonsina Storni, veo la influencia de Delmira Agustini, la primera mujer que, con prodigiosa audacia, se atrevió a tratar los temas del amor sin la pudibundez de la vieja retórica y de la moral oficial. Delmira Agustini, mujer de gran talento y fuerte personalidad, produjo cierta sensación en el ambiente literario del Río de la Plata. Es lógico que el prestigio de su literatura, la valentía de sus ideas y sus palabras, y su muerte romántica, impresionaran a otras escritoras más jóvenes que sentían en su interior el fuego lírico. Creo en la personalidad de Alfonsina Storni y en la de Juana de Ibarbourou, pero no dudo de que la lectura de la Agustini y su prestigio contribuyeron poderosamente a despertar en aquellas la vocación poética. Delmira Agustini abrió el camino. Es casi un jefe de escuela. Si sus versos no existieran, ¿tendrían la misma audacia Al-

fonsina Storni y Juana de Ibarbourou? ¿Escribirían sobre los mismos asuntos que escriben, y que, antes de la Agustini, en castellano, jamás osó tocar mujer alguna?

Pero naturalmente hay grandes diferencias entre las tres. Si así no fuese, las que han venido después de la Agustini no tendrían la personalidad que tienen ni el valor que debe reconocérseles. Delmira Agustini es romántica, imaginativa, fantástica. Alfonsina Storni me parece más humana, y sin duda tiene más inquietud que las otras. En ambas hay tristeza y sufrimiento, más en la argentina que en la uruguaya. *El dulce daño* está lleno de gritos, y tanto este libro como *Irremediablemente* han surgido desde el fondo del alma. En *Los cálices vacíos,* —sin que esto signifique negar su sinceridad—, hay mucha literatura. Abundan las imágenes, el vocabulario tiene cierta riqueza y la frase es relativamente complicada.

Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes y aún en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habla con ingenuo y casto impudor —si es posible unir estas dos palabras— de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiene el volumen, sin embargo, verdadero sensualismo. Felizmente, carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa. Todo está dicho con dignidad, noble y bellamente, y no creo que pueda despertar en ninguna alma pensamientos impuros. *Las lenguas de diamante* está a buena distancia de esos libros de versos repugnantemente sensuales, olientes a voluptuosidad de lenocinio, que sólian aparecer hace algunos años. (Ahora los jóvenes poetas quieren ser cristianos y puros, cuando

no místicos). Tampoco muestran refinamiento los versos de Juana de Ibarbourou, ni nada de enfermizo ni de psicológicamente complicado; hay en ellos demasiada salud física y moral, para todo esto.

Es en suma un libro pagano, y si no fuera por su entusiasmo y por cierta nerviosidad de la línea, diría que helénico, de un helenismo no metropolitano, sino de un helenismo de las colonias del mediterráneo, de una Sagunto o una Parténope. Pero tal vez los detalles de suntuosidad que aparecen aquí y allí y algo de voluptuoso que se advierte en ciertas composiciones, solo confirman el vago carácter oriental del libro, que gana con esto un encanto más. Sí, hay algo de oriental en *Las lenguas de diamante*. Se habla allí del cuerpo moreno de la amada, ungido de esencias de nardos, moreno cual "un suntuoso marfil", y que se ofrece al amante "como un raro bronce oriental". Se habla de sandalias, se mencionan con persistencia olores, como aquella esencia de nardos, ardiente y penetrante. Se nos cita a Salomé, a Magdalena y a Thais. Y no escasean las imágenes orientales: la boca es una rosa desnuda; el beso es miel; la vida, una abeja ebria; el amante tiene en los labios un panal escondido; el corazón de la amada es una cisterna salobre. En una ocasión, el poeta dice "el cardo del hastío"; y en otra recuerda a la higuera, que si bien es nuestra también es oriental y aparece con frecuencia, como las demás cosas nombradas, en la poesía de los árabes.

Pero todos estos detalles, —que no tienen tanta importancia como pudiera creerse y que apenas dan un levísimo matiz de exotismo a este libro— no bastan para disminuirle en un ápice su esencial característica: la de expresar bellamente un sentido natural del amor y de la vida.

La amada se mezcla con la naturaleza. Así, la luz que palpita en sus ojos llega a hermanarse con la tarde dorada; siente una fragancia que no sabe si sube del frescor de

la hierba o si se eleva de su alma; quiere que cuando esté muerta, bajo tierra, el amante le arroje semillas de lirios para que se enraícen en sus huesos y poder ella subir por la escala de las raíces vivas a mirar al amante desde las flores. En todo momento está presente la naturaleza; pero no como un simple testigo, sino como un personaje esencial del cuadro. Se diría, por esto, que los mismos amantes no son sino un detalle dentro de la naturaleza. Citaré como ejemplo el bello soneto titulado *Amor* donde no hay un solo verso que no hable de cosas naturales: plantas, aromas campestres, cantos de pájaros, umbrías y praderas, árboles y flores, y donde el amor llega al lecho de la amada cruzando largas eras, y ungiendo su piel de esencias campesinas. Y así como en el amor está siempre presente la naturaleza, en las descripciones del campo, o al hablar del sol o del agua o de la llama, está presente siempre el amor. La última parte del volumen es la más significativa en cuanto a esta compenetración con la naturaleza. Tendría que transcribirla casi toda, tantos ejemplos pudiera encontrar en ella. Pero no quiero dispensarme de mencionar esos dísticos tan hermosos titulados *Matinal,* que constituyen uno de los más lindos y originales elogios del sol que he leído; ni *La buena criatura,* que es la alabanza del agua; ni *Salvaje,* casi una obra maestra, desbordante de frescura, de salud, de paganismo, de amor a la naturaleza, y cuyo comentario exigiría varias páginas; ni el encantador soneto *Vida aldeana,* que respira un profundo sentimiento bucólico; ni aquel otro soneto *Panteísmo,* que resume el espíritu del libro.

Quiero insistir en que se comprenda cómo el amor es un elemento de la naturaleza. La amada y el amante de este libro se quieren del mismo modo que las plantas crecen y que las flores exhalan sus aromas: sencillamente, naturalmente, sin la conciencia tal vez de que se quieren, sin el más mínimo intento de analizarse. Ellos no parecen

tener ninguna sospecha de lo que el mundo llama impudor, y hacen pensar en Dafnis y Cloe. Todo ello explica la singular objetividad de este amor, tan ausente de espiritualidad y subjetivismo, y que, en parte por esto, se diría un mármol griego. Y por esto también a pesar de sus audacias, lejos de parecernos impuro lo consideramos casto, como es casta la desnudez de una estatua helénica y como es casta la naturaleza. El impudor y la inmoralidad son invenciones de los humanos.

Y hé aquí cómo esta poesía viene a ser en cierto sentido representativa. ¿No está acaso de acuerdo el amor de los sentidos y no del alma, con la idiosincracia de nuestro ambiente, donde no existen inquietudes espirituales? Yo desearía que mis conciudadanos —y hago extensivo este anhelo a todos los hombres de América— viviesen la más alta vida espiritual posible. Lo he dicho tantas veces que nadie dudará de mis opiniones. Pero por esto no he de negar nuestra realidad como no he de negar su belleza a un libro tan opuesto a mis preferencias estéticas y a la esencia de mi literatura. Yo admiro con lo más profundo de mi alma la poesía de Amado Nervo, toda espiritualidad y vida interior; pero ello no me impide comprender la poesía de Juana de Ibarbourou, toda objetividad y vida externa, aunque no pueda preferirla —hablo del género, pues no intento comparar los valores de ambos poetas— a causa de mi natural temperamento y de mis opiniones espiritualistas.

Este libro tan sano, tan juvenil, tan moderno y a la vez tan de todos los tiempos, está realizando con verdadero arte. El verso de Juana de Ibarbourou no siempre es perfecto, pero jamás carece de vigor, de exactitud, de soltura. Las imágenes son acertadas y nunca la forma deja de ser elevada y poética. Como en los versos de los verdaderos poetas, en los de Juana de Ibarbourou hay una intima relación entre las palabras, el ritmo, el movimiento y desarrollo de la frase y el concepto. En cada

una de sus composiciones hay una idea, y el poeta la desarrolla sin tropiezo, sin esfuerzo, unidas —con lógica gramatical e interior y sin perturbar el ritmo— las palabras unas con otras y unos con otros los versos.

Para concluír, afirmaré que este primer libro de Juana de Ibarbourou constituye un acontecimiento en la literatura americana. Es una nota nueva, personal, interesantísima. Es la obra de eso tan escaso, sobre todo entre nosotros —y tan necesario y admirable en todas partes— que se llama un poeta.

MANUEL GÁLVEZ.
